

14

J E A N E C H E N O Z

¿Cómo escribir sobre la Gran Guerra, la primera guerra «tecnológica» del siglo XX, y la guerra, también, a medio siglo de barbarie sin precedentes? Echenoz se enfrenta a un nuevo reto literario que supera con maestría. La certera pluma del escritor avanza junto a los soldados en sus largas jornadas de marcha por los países en guerra y acompaña a cuatro jóvenes de la Vendée, Anthime y sus amigos, en medio de una masa indiscernible de carne y metal, de proyectiles y muertos. Pero también nos cuenta la vida que continúa, lejos de las trincheras, a través de personajes como Blanche y su familia. Y todo ello sin renunciar a esa sutil ironía que caracteriza su escritura, condimento imprescindible de un relato apasionante.



Jean Echenoz

14

ePub r1.0

17ramsor 15.01.14

Título original: *14*

Jean Echenoz, 2012

Traducción: Javier Albiñana

Diseño de portada: 17ramsor

Editor digital: 17ramsor

ePub base r1.0

más libros en espaebook.com

Como el tiempo se prestaba a ello de maravilla y era sábado, día en que su cargo le permitía holgar, Anthime salió a dar una vuelta en bici después de comer. Sus proyectos: aprovechar el espléndido sol de agosto, hacer un poco de ejercicio, respirar el aire del campo y seguramente leer tumbado en la hierba, pues llevaba amarrado a la máquina con un pulpo un libro demasiado gordo para el portabultos de alambre. Una vez salió de la ciudad a rueda libre, y tras pedalear sin esfuerzo durante una decena de kilómetros de llano, tuvo que subir en bailón al presentarse una colina, balanceándose de izquierda a derecha y comenzando a sudar. No es que fuera una colina muy escarpada, ya se sabe la altura que alcanzan esas lomas en la Vendée, apenas un altozano leve pero lo bastante prominente para que pudiera uno disfrutar de la vista.

Nada más llegar Anthime al montículo, sobrevino una bruta y estrepitosa ráfaga de viento que estuvo a punto de arrancarle la gorra y de desequilibrar la bicicleta, una sólida Euntes pensada por y para eclesiásticos, que le había comprado a un vicario aquejado de gota. Ventoleras tan vivas, sonoras y repentinas no son habituales en pleno verano por esos pagos, sobre todo con semejante sol, y Anthime se vio obligado a plantar un pie en el suelo, el otro pegado al pedal, la bicicleta ligeramente inclinada mientras se encasquetaba la gorra azotado por el ensordecedor ventarrón. Acto seguido contempló el paisaje que se desplegaba a su alrededor: pueblos desperdigados y un sinfín de campos y pastos. Invisible, pero presente, a veinte kilómetros al oeste, respiraba también el océano, donde se había embarcado cuatro o cinco veces aunque, en tales ocasiones, al no saber pescar, Anthime no había sido de gran utilidad a sus compañeros, por más que su profesión de contable lo autorizaba a ejercer el papel siempre bien recibido de anotar e inventariar las caballas, pescadillas, acedías, rodaballos y otras platijas al regresar del muelle.

Corría el primer día de agosto y Anthime dejó vagar la vista por el panorama: desde aquella colina donde estaba solo, vio desgranarse cinco o seis pueblos, aglomeraciones de casas bajas apiñadas bajo un campanario, conectadas por una fina red vial por la que circulaban no tanto los contados automóviles como los carros de bueyes y de caballos que llevaban las cosechas de cereales. Con ser un paisaje sugestivo, se veía turbado momentáneamente por aquella irrupción ventosa, atronadora, a todas luces inhabitual en aquella estación y que, obligando a Anthime a sujetarse la visera, colmaba todo el espacio sonoro. Tan sólo se oía aquel aire en movimiento, eran las cuatro de la tarde.

Mientras recorría distraídamente con la mirada aquellos pueblos, Anthime se topó con un fenómeno para él desconocido hasta entonces. En lo alto de todos los campanarios, de pronto acababa de ponerse en marcha un movimiento, mínimo pero continuo: la alternancia regular de un cuadrado blanco y otro negro, sucediéndose cada dos o tres segundos, como una luz alternativa, una parpadeo binario que recordaba el de la válvula automática de algunos aparatos en las fábricas. Anthime observó sin comprenderlos aquellos impulsos mecánicos, similares a disparadores o guiños, dirigidos desde lejos por otros tantos desconocidos.

A continuación, el fragor envolvente del viento, interrumpiéndose tan bruscamente como había surgido, dio paso al ruido que había ocultado hasta entonces: en realidad eran las campanas, que habían comenzado a repicar desde lo alto de los campanarios y tañían al unísono en un desbarajuste grave, amenazador, pesado, y en el que, aun sin conocerlo apenas, pues era demasiado joven para haber asistido a muchos entierros, Anthime reconoció instintivamente el toque de rebato, que suena en contadas ocasiones y del que tan sólo acababa de llegarle la imagen antes que el sonido.

El rebato, habida cuenta de la situación que atravesaba el mundo, anunciaba sin lugar a dudas la movilización. Como todo el mundo pero sin acabar de creérselo, Anthime se la esperaba un poco, pero no se imaginaba que pudiese caer en un sábado. Sin reaccionar de inmediato, permaneció menos de un minuto oyendo repicar solemnemente las campanas, hasta que, enderezando la máquina y pisando el pedal, se dejó deslizar por la pendiente y se encaminó hacia su domicilio. De repente un bache, sin que Anthime lo advirtiese, hizo caer de la bicicleta el librote, que se abrió en su caída para permanecer eternamente en solitario al borde del camino, reposando boca abajo en uno de sus capítulos, titulado *Aures habet, et non audiet*.

Nada más entrar en la ciudad, Anthime empezó a ver gente salir de su casa y congregarse por grupos para ir a desembocar en la place Royale. Los hombres, que parecían nerviosos, desasosegados con el calor, se volvían para interpelarse y hacían gestos torpes, más o menos inseguros. Anthime entró a dejar la bicicleta en su casa y se sumó al trajín general, que confluía ahora desde todas las arterias en dirección a la plaza, donde bullía una multitud sonriente, enarbolando banderas y botellas, gesticulando y apretujándose, sin dejar apenas espacio a los coches de caballos, que transportaban ya a algunos grupos. Todos parecían encantados con la movilización: discusiones enfebrecidas, risas desmesuradas, himnos y fanfarrias, exclamaciones patrióticas entreveradas de relinchos.

Al otro lado de la plaza, donde se había instalado un vendedor de sederías, en la esquina de la rue Crébillon y ya fuera de aquella bulliciosa afluencia, roja de fervor y de sudor, Anthime divisó la silueta de Charles, cuya mirada buscó desde lejos. Al no lograrlo, optó por abrirse paso hacia él entre la gente. Manteniéndose al margen del evento, vestido como en su despacho de la fábrica con un traje ceñido y una estrecha corbata clara, Charles clavaba su mirada adusta en la prensa, con la cámara fotográfica *Rêve Idéal* de Girard & Boitte colgada del cuello como de costumbre. Avanzando hacia él, Anthime tuvo que encogerse y desencogerse al mismo tiempo, empresa antinómica pero necesaria para superar esa mezcla de apuro e intimidación que le causaba en cualquier lugar la presencia de Charles. Éste lo miró apenas a la cara, desviando los ojos hacia el sello que lucía Anthime en el dedo meñique.

Hombre, dijo Charles, esto es nuevo. Y además lo llevas en la mano derecha. Suele llevarse más bien en la izquierda. Ya lo sé, reconoció Anthime, pero no me lo pongo para hacer bonito, es que me duele la muñeca. Ah, bueno, condescendió Charles, y no te molesta para dar la mano a la gente. Doy muy pocas veces la mano, señaló Anthime, y ya digo, lo llevo por los dolores que tengo en la muñeca derecha, me los calma. Resulta un poco molesto pero funciona. Es una cuestión de magnetismo,

digamos. De magnetismo, repitió Charles con un asomo de sonrisa, espirando otro asomo de aire por la nariz, sacudiendo la cabeza y encogiendo un hombro al tiempo que apartaba la vista, esos cinco movimientos en el espacio de un segundo, y Anthime se sintió de nuevo humillado.

Bueno, intentó añadir señalando con el pulgar a un grupo que agitaba pancartas, qué opinas de eso. Era inevitable, contestó Charles, guiñando uno de sus fríos ojos para pegar el otro al visor, pero será cosa de quince días como mucho. Eso no lo tengo tan claro, objetó Anthime. Bien, dijo Charles, pues mañana se verá.

Y a la mañana siguiente se encontraron todos en el cuartel. Anthime acudió muy temprano, tras reunirse en el camino con sus compañeros de pesca y de café, Padioleau, Bossis y Arcenel, el último de los cuales se quejaba a media voz de haber celebrado el acontecimiento hasta altas horas: hemorroides y resaca. Padioleau, hombre endeble, una pizca tímido, de rostro céreo y enjuto, no tenía la menor traza de carnicero, oficio al que precisamente se dedicaba. Bossis no sólo poseía un físico de matarife, sino que lo era de verdad. En cuanto a Arcenel, ejercía la profesión de guarnicionero, lo que no supone una idiosincrasia particular. En cualquier caso, a los tres, cada cual a su manera, les interesaban mucho los animales, habían visto muchos y habían de tropezarse con bastantes más.

Como todos los que llegan primero, consiguieron un uniforme de su talla, mientras que a Charles, que llegó a última hora de la mañana, como siempre altivo y displicente, le adjudicaron al principio un uniforme que no le iba. Pero como se puso a protestar con desdén, montando un número y alegando su cargo de subdirector de fábrica, despojaron a otros —en este caso a Bossis y a Padioleau— de un capote y de un pantalón rojo que parecieron contentar al personaje, pese a su expresión hastiada y distante. Como consecuencia, Padioleau se encontró flotando desmesuradamente en su capote, mientras que Bossis no podría ya, en lo que le quedaba de vida, amoldarse a aquel pantalón.

De estatura mediana y rostro bastante corriente, poco dado a sonreír, con bigote como casi todos los hombres de su generación, veintitrés años, luciendo el uniforme nuevo sin más prestancia que cuando vestía el traje de diario, Anthime decidió acercarse a hablar con Charles. Éste, de veintisiete años, no menos inexpresivo ni bigotudo pero más apuesto, más alto, más esbelto, observando con su sempiterna mirada tranquila y gélida a la gente, parecía poner más cuidado que nunca en evitar su contacto, sin prestar atención a nadie que fuese de rango inferior, y especialmente a Anthime, quien, en vista de lo cual, prefirió abstenerse y reunirse con los compañeros, siquiera por apaciguar a Bossis, que no paraba de echar pestes de su pantalón. Volviéndose no obstante hacia Charles, Anthime lo vio sacar un cigarro de la petaca y, al volver a metérsela en el bolsillo, mudar de parecer y sacar otro para invitar discretamente al oficial más próximo. Acto seguido lo vio fotografiar al oficial como fotografiaba, desde meses atrás, a todo aquel que tenía a mano, perfeccionándose en dicha labor hasta haber logrado, hacía poco, que le aceptasen algunas de sus imágenes en revistas que publicaban fotos de aficionados como *Le Miroir* y *L'Illustration*.

En días sucesivos, las cosas sucedieron con bastante rapidez en el cuartel. Tras llegar los últimos reservistas, se recibió a los de la segunda reserva, viejos de entre treinta y cuatro y cuarenta y nueve años a quienes de inmediato se instó a pagar una ronda, y a decir verdad del lunes al jueves esas rondas se sucedieron a buen ritmo, con lo que al final de las tardes nadie iba muy fino. Pero cuando se formaron las escuadras, todo transcurrió de forma más seria: a Anthime lo destinaron a la 11.^a escuadra de la 10.^a compañía, perteneciente en orden creciente al 93.^o regimiento de infantería, 42.^a brigada, 21.^a división de infantería y 11.^o cuerpo del 5.^o ejército. Número de registro 4221. Se repartieron las municiones y las raciones de reserva y, aquella noche, todos volvieron a pasarse con

la bebida. Al día siguiente ya empezaron a sentirse soldados: por la mañana el regimiento realizó una primera marcha antes de que el coronel pasara revista en el campo de maniobras después de que desfilaran por la ciudad, a la espera de tomar el tren.

Aquel desfile resultó bastante alegre, todos uniformados y erguidos esforzándose en mirar al frente. El 93.º atravesó la avenida y luego las principales calles de la ciudad, en cuyas aceras se agolpaba la multitud, que no tenía empacho en vitorearlos, lanzándoles flores y gritos de ánimo. Por supuesto, Charles se las ingenió para ocupar la primera fila de la tropa; le seguía Anthime hacia la mitad del regimiento, rodeado de Bossis, a quien seguía incomodando su uniforme, de Arcenel, que no dejaba de quejarse de su trasero, y de Padioleau, cuya madre había tenido tiempo de ajustar el capote en los hombros y de acortar las mangas. Mientras caminaba bromeando a media voz, aunque procurando marcar templadamente el paso, Anthime creyó divisar a Blanche en la acera izquierda de la avenida. Al principio creyó que era alguien que se le parecía, pero no, era ella, Blanche, vestida de fiesta, falda rosa liviana y blusa malva de temporada. Para protegerse del sol, había desplegado un amplio paraguas negro mientras ellos sudaban desfilando al ritmo de la marcha, bajo el quepis nuevo, que les oprimía las sienes, bajo la mochila ceñida según las consignas, que aquel primer día no cargaba demasiado las clavículas.

Como se esperaba, Anthime vio que al principio Blanche sonreía a Charles orgullosa de su porte marcial, pero cuando llegó a su altura, no sin sorpresa esta vez, recibió de ella otra clase de sonrisa, más seria e incluso, según le pareció, más emocionada, intensa, pronunciada, vete a saber. No vio ni trató de ver cómo Charles, de todos modos de espaldas, respondía a aquella sonrisa, pero él, Anthime, sólo reaccionó con una mirada, lo más corta y lo más larga posible, esforzándose en cargarla de la mínima expresión posible si bien sugiriendo la máxima, nuevo ejercicio doblemente antinómico en este caso y que, al tiempo que procuraba mantener el paso, no era empresa de poca monta. Después, una vez que dejaron atrás a Blanche, Anthime prefirió no mirar al resto de la gente.

En la estación, a primera hora de la mañana siguiente, Blanche volvía a estar allí, en el andén, entre la multitud que agitaba banderitas, muchachos que escribían con tiza *A Berlín* en los costados de la locomotora y cuatro o cinco cobres que tocaban lo mejor que podían el himno nacional. Sombreros, bufandas, ramilletes, pañuelos, se agitaban en todas direcciones, algunos introducían cestas de comida por las ventanillas de los vagones, otros estrechaban en sus brazos a sus retoños, los ancianos y las parejas se abrazaban, las lágrimas inundaban los estribos, como puede apreciarse actualmente en París en el vasto fresco de Albert Herter, en el vestíbulo Alsace de la gare de l'Est. Pero en general la gente sonreía confiada, pues a todas luces aquello duraría poco, regresarían enseguida, y, de lejos, por encima del hombro de Charles que estrechaba a Blanche en sus brazos, Anthime la vio clavar de nuevo la misma mirada en su persona. A continuación tuvieron que subir al tren, y apenas había transcurrido una semana desde su paseo en bicicleta cuando Anthime, que había salido de Nantes el sábado a las seis de la mañana, llegó a las Ardenas el lunes a última hora de la tarde.

El domingo por la mañana Blanche se despertó en su cuarto, en la primera planta de una imponente mansión como las que suelen poseer los notarios o los diputados, los altos funcionarios o los gerentes de fábricas: la familia Borne dirige la fábrica BorneSèze y Blanche es la hija única.

Con ser tranquila y ordenada, reina un ambiente extraño y poco armonioso en esa habitación. En el papel floreado, levemente movido, hay cuadros con escenas locales —barcazas en el Loira, pescadores en Noirmoutier— y los muebles dan fe de una voluntad de diversidad forestal propia de un arboreto: armario de sombreros con espejo de nogal, escritorio de roble, cómoda de caoba y chapados de madera de árboles frutales, la cama es de cerezo y el armario de pino de Virginia. Pintoresca atmósfera, pues, que no se sabe si obedece al desgajamiento —inesperado en una casa burguesa por lo común tapizada con esmero— de las tiras de ese papel descolorido cuyos ramos van ajándose paulatinamente, o a la sorprendente variedad mobiliaria de las maderas: se pregunta uno cómo pueden avenirse esencias tan diversas. Pero enseguida salta a la vista que no se avienen en absoluto, que ni siquiera pueden encajar, lo que sin duda explica ese ambiente.

Los muebles esperan a que se levante Blanche para desempeñar su papel. En la mesita de noche —de haya— descansan bajo una lámpara algunos libros, entre ellos *Gentes de mar* de Marc Elder, que Blanche hojea a veces, no tanto por el valioso Premio Goncourt obtenido un año atrás por el autor en lucha con Marcel Proust, cuanto porque éste es amigo de la familia, tras su verdadero nombre de Marcel Tendron, y también porque esa obra evoca a Blanche las excursiones dominicales por la comarca, cuando van a ver a los pescadores de Noirmoutier o las barcas ancladas en Trentemoult que pescan en el estuario: angulas, anguilas, lampreas.

Tras levantarse de la cama, Blanche ha escogido lo que se iba a poner antes de asearse, ha sacado del armario pequeño una camiseta de batista y del grande un traje sastre de cheviot gris; la ropa interior y las medias están en los cajones de la cómoda, sobre la que reposan dos frascos de perfume. Respecto a los zapatos, duda entre dos alturas de tacones, pero no respecto a su sombrero de paja de arroz con trencilla de terciopelo negro. Transcurrida media hora de cuarto de baño, ya aseada y vestida, se repasa en el espejo del armario para comprobar el efecto, alisando un mechón y perfilando un pliegue. Al abandonar la habitación, ha pasado delante del escritorio, que no habrá desempeñado papel alguno esa mañana: está acostumbrado, pues tan sólo sirve para albergar las cartas que Anthime y Charles envían regularmente a Blanche, cada cual por su cuenta, y que, ceñidas con cintas de colores dispares, descansan en cajones diferentes.

Ya lista, Blanche ha bajado discretamente la escalera y en la planta baja ha cruzado el vestíbulo hacia la puerta de entrada, dando un rodeo para evitar el comedor. Allí —ronco crujir del cuchillo del pan en la corteza, tintineo de las cucharillas en los posos de achicoria—, sus padres terminan de desayunar: escaso diálogo perceptible entre Eugène y Maryvonne Borne, ruidosas degluciones del gerente de fábrica, exhalaciones melancólicas de la esposa del gerente de fábrica. Blanche ha cogido una sombrilla a cuadros de cretona del paragüero de mimbre forrado de tela impermeable próximo a

la entrada.

Al salir, se ha dirigido hacia la entrada del jardín por el camino principal, gravilla blanca cuidadosamente aplanada, que se bifurca en varios senderos a lo largo de los macizos, del estanque, de los cenadores y de los árboles ornamentales, entre los cuales una ajada palmera aguanta desde hace demasiado tiempo bajo ese clima. Blanche ha soslayado también, aunque con menos precauciones, la silueta del jardinero cojo, encorvado y tan sordo como la palmera, que está regando un arriate. Blanche se ha limitado a amortiguar el crujido de la grava hasta el portalón de hierro forjado.

En el exterior, fondo sonoro de domingo: todo está más silencioso que entre semana, como cualquier domingo pero no de igual modo, no es el mismo silencio que de costumbre, como si quedase un eco residual de los clamores de los últimos días, de las charangas y de las ovaciones. A primera hora de la mañana, los empleados municipales más ancianos que se han quedado en la ciudad han terminado de retirar los últimos ramilletes marchitos, escarapelas arrugadas, restos de banderolas, pañuelos mojados y ya secos, para luego rociar con la manguera la vía pública. Han trasladado a la oficina de objetos perdidos los escasos accesorios extraviados, un bastón, dos fulares desgarrados, tres sombreros chafados, arrojados al aire en pleno fervor patrióticos y cuyos legítimos dueños no han aparecido: se espera que hagan acto de presencia.

También todo está más tranquilo porque hay menos gente, sobre todo hombres jóvenes en la calle, o muy jóvenes, pues éstos, convencidos en su mayoría de que el conflicto será muy breve, lo ignoran y no quieren preocuparse. Los contados muchachos de su edad con quienes se cruza Blanche, de aspecto más o menos enfermo, han sido declarados inútiles, al menos por el momento: eso podría ser provisional, pero también lo ignoran. Por ejemplo, a los miopes, exentos en un principio y amparados por sus gafas, no se les ocurre pensar que el día menos pensado podrían tomar, junto con ellas, un tren para el Este, a ser posible provistos de un par de recambio. Presumiblemente en compañía de los sordos, los neuróticos y los de pies planos. Por su parte, los que fingen estar enfermos o disponen de un enchufe que les permite ser considerados inútiles, ni siquiera necesitan fingir, prefieren no dejarse ver demasiado por el momento. Las cervecerías están desiertas, los camareros han desaparecido, les toca a los dueños barrer personalmente la zona de las puertas y las terrazas. Y así, las dimensiones de la ciudad, vaciada de los varones como si se los hubieran tragado, parecen haberse extendido: aparte de las mujeres, Blanche sólo ve a ancianos y chiquillos, cuyos pasos suenan a hueco como en un traje demasiado holgado.

Tampoco estuvo nada mal el viaje en el tren, salvo en lo tocante a la comodidad. Sentados en el suelo, devoraron las provisiones, cantaron todas las canciones posibles, abuchearon a Guillermo y bebieron una respetable cantidad de copas. En la veintena de estaciones en las que se detuvo el convoy, no les dejaron apearse a echar una ojeada a las poblaciones pero al menos, por las ventanillas con los vidrios bajados que dejaban entrar un aire muy caliente, casi sólido y salpicado de carbonilla —calor que ya no se sabía si era el propio del mes de agosto o procedía de la locomotora, probablemente se juntaban ambos—, vieron aeroplanos. Algunos atravesaban volando el cielo totalmente despejado a distintas alturas, siguiéndose o cruzándose sin que se supiera con qué objetivo, otros reposaban desordenadamente, rodeados de hombres con gorras de cuero, en los campos requisados que recorrían éstos.

Habían oído hablar de ellos y sabían de su existencia por las fotografías de los periódicos, pero nadie había visto de verdad uno de esos aeroplanos de apariencia frágil, salvo al parecer Charles, siempre al tanto de todo, que incluso había estado varias veces dentro de uno —o mejor dicho encima, a falta todavía de cabina—, y a quien Anthime buscó con la mirada en el vagón, sin dar con él. Luego, comoquiera que el paisaje presentaba escasos atractivos, renunció a contemplarlo y buscó un modo de matar el tiempo: los naipes parecieron, en lo sucesivo, de lo más indicado: en compañía de Bossis y de Padioleau —a Arcenel seguían atormentándolo demasiado las posaderas para unirse a ellos—, Anthime logró despejar un rincón para echar una malilla debajo de las cantimploras que, rápidamente vaciadas, se tambaleaban colgadas de unos ganchos por sus correajes.

Luego, dado que la malilla entre tres no acababa de resultar, que Padioleau se dormía y que Bossis también daba cabezadas, Anthime dio por terminado el juego y optó por salir a explorar los vagones vecinos y buscó vagamente a Charles sin demasiadas ganas de verlo, suponiéndolo dormido en algún rincón, despreciando como siempre a sus semejantes pero obligado a estar con ellos. Pero no era así: lo divisó por fin sentado junto a una ventanilla, acomodado en un coche con asientos mientras fotografiaba el paisaje, acompañado de un grupo de suboficiales a quienes también retrataba, anotando luego su dirección para enviarles posteriormente la foto. Anthime se alejó de allí.

En las Ardenas, apenas se apearon del tren, justo cuando comenzaba a hacerse al nuevo paisaje —sin siquiera saber el nombre del pueblo donde se hallaba el primer acantonamiento ni cuánto tiempo iban a pasar allí—, unos sargentos hicieron formar a los hombres y el capitán soltó un discurso al pie de la cruz, en la plaza. Estaban un poco cansados, no tenían muchas ganas de bromear en voz baja, pero aun así escucharon el discurso en posición de firmes, mirando los árboles de una especie que no habían visto nunca, los pájaros de aquellos árboles que comenzaban a acompasar sus gorjeos disponiéndose a anunciar el final del día.

Aquel capitán, llamado Vayssière, era un joven enclenque con monóculo, curiosamente colorado y dotado de una voz apagada, a quien Anthime no había visto nunca y cuya morfología difícilmente permitía columbrar cómo había podido nacer en él, y desarrollarse, una vocación combativa.

Regresarán todos ustedes a casa, prometió el capitán Vayssière, levantando la voz en la medida de sus fuerzas. Sí, volveremos todos a la Vendée. Ahora bien, un punto fundamental. Si mueren hombres en la guerra, será por falta de higiene. Lo que mata no son las balas, sino la falta de aseo, que es nefasta y que es lo primero que deben ustedes combatir. De modo que lávense, aféitense, péinense y nada tienen que temer.

Tras esta disertación, mientras rompían filas, con el tumulto subsiguiente Anthime se encontró por azar al lado de Charles, junto a las cocinas de campaña, que comenzaban a instalarse. Charles parecía tener tan pocas ganas de hablar como en el tren, o como de costumbre, ni de la guerra ni de la fábrica, pero allí, respecto a ésta, ya no podía dar largas al asunto sacándose de la manga un correo urgente, como siempre había sabido hacer, y no le quedó más remedio que dar respuesta a aquello que preocupaba a Anthime. Además, ahora vestían igual, lo que siempre facilita la comunicación. ¿Y cómo nos apañaremos con la fábrica?, inquirió preocupado Anthime. Cuento con la señora Prochasson, que se encarga de todo, explicó Charles, conoce los expedientes al dedillo. Y tú lo mismo, tienes a Françoise, que te lleva la contabilidad, lo encontrarás todo en orden cuando volvamos. A saber cuándo, se dijo Anthime. Esto irá muy rápido, aseguró Charles, estaremos de vuelta para los pedidos de septiembre. Eso habrá que verlo, replicó Anthime.

Deambularon un rato por el acantonamiento, lo justo para informarse de los recursos de la región. Algunos se quejaban ya de que no encontraban nada que comer, ni cerveza ni siquiera cerillas, y de que el vino que vendían los lugareños, quienes habían pillado al vuelo la oportunidad de aprovecharse de los acontecimientos, estaba a precios imposibles. Se oían trenes a lo lejos. Y, en lo tocante a las cocinas, ni la menor esperanza hasta que estuvieran del todo instaladas. Como se habían agotado las provisiones del viaje, se repartieron carne en lata fría regada con agua turbia, y se fueron a dormir.

Dejando atrás las vistas a los inmuebles apiñados y las plazas con viejas mansiones pegadas unas a otras, Blanche se alejó del centro de la ciudad. Comenzó a moverse por arterias más abiertas, ventiladas, de arquitectura más indefinida y casi heterogénea, en cualquier caso menos regular: las casas de mayor variedad o ausencia de estilos respiraban mejor, situadas tras las calles y a veces circundadas de jardín. En su deambular, Blanche pasó delante de la residencia de Charles y de la de Anthime, vacías ya tanto una como otra de su respectivo ocupante.

El domicilio de Charles: al otro lado de una verja que ocultaba un jardín a todas luces próspero y pulido, flores y césped bien cuidados, un camino conducía a una terraza embaldosada jalonada de pilares que flanqueaban la doble puerta de vidrio policromado a la que se accedía tras salvar tres escalones. Desde la calle, se divisaba a cierta distancia la fachada de granito amarillo y azul, estrecha, alta, atrancada a cal y canto como su dueño: tres pisos con un balcón en la primera.

El de Anthime, más bajo y achaparrado —como si fuera preciso indefectiblemente que una vivienda, como un perro, fuera homotética a su amo—, no tenía más que una planta y se veía desde más cerca su frontispicio enlucido. Menos disimulado por un pórtico entreabierto de tablas dudosamente ensambladas, pintadas de blanco desconchado, daba por su parte a una zona sucinta y mal delimitada de hierbajos, flanqueada de tentativas de huerto. Para entrar en casa de Anthime había que trasponer una losa de cemento fisurado, ornado por las huellas de patas que había marcado nítidamente un perro —animal a su vez, y por lo tanto tan bajo como achaparrado—, estampadas en el mortero fresco el ya lejano día en que lo echaron. Como único recuerdo del animal difunto quedaban sus huellas digitales, en cuyo fondo se había acumulado un polvo terroso, resto orgánico donde pugnaban por crecer otras malas hierbas de menor envergadura.

Blanche apenas ha echado dos breves miradas a esos dos domicilios de camino hacia la fábrica, masa continental de ladrillo oscuro asentada sobre sí misma como una fortaleza, aislada del barrio por medrosas callejas que corren alrededor, cual fosos que ciñeran un castillo. La enorme entrada principal, habitualmente abierta, boca que absorbe a horas fijas a las masas laboriosas frescas y lozanas para luego regurgitarlas jadeantes, se hallaba ese domingo tan cerrada como un depósito monetario. La remataba un frontón circular donde giraban las manecillas de un amplio reloj en cuyo contorno aparecían grabados los nombres BORNE-SÈZE en enorme relieve. Más abajo, en el portal, pendía un letrero que rezaba *Se necesitan trabajadores*. La fábrica era de zapatos.

Toda clase de zapatos, zapatos para hombres, señoras y niños, botas, botines y botinas, derbys y richelieus, sandalias y mocasines, escaarpines, zapatillas, chinelas, modelos ortopédicos y de protección, hasta botas de nieve, recientemente inventadas, sin olvidar los godillots,^[1] cuyo nombre procede de su creador, descubridor, entre otras maravillas, de la diferencia entre pie izquierdo y derecho. Todo por la extremidad en la casa Borne-Sèze, de la galocha al escaarpín, de los borcegués a los tacones de aguja.

Dando media vuelta, Blanche rodeó la fábrica para dirigirse hacia un pabellón construido con el

mismo ladrillo, que parecía formar parte de las dependencias de la empresa. Doctor Monteil, se leía en una placa de cobre rematada por una aldaba. Apenas llamó, apareció el médico, bastante alto, encorvado, con la cara surcada de venillas, vestido de gris, rebasando sobradamente la cincuentena —que marcaba el límite de edad otorgado a los soldados de segunda reserva—, lo que le había permitido librarse por los pelos de la movilización. Médico de los Borne desde hacía mucho tiempo, Monteil restringió su clientela privada cuando Eugène le propuso encargarse de la fábrica —selección y orientación de los obreros en el momento de la contratación, asistencia de urgencia y consultas, consejos de higiene industrial llegado el caso—, pero siguió siendo médico de cabecera de los Borne y de tres dinastías locales, conservando por otra parte un acta de concejal y con muchos conocidos: relaciones por casi todas partes incluido París. Cercano a Blanche desde sus enfermedades de infancia, era lo suficientemente allegado como para que la joven acudiera a visitarlo por sus dos funciones: internista y hombre público.

Al hombre público Blanche le habló de Charles, que había partido con los demás hacia la frontera, no se sabía exactamente adónde. Le sugirió que mediara en el caso, manifestándole su esperanza de que le concedieran un destino que no fuera la infantería. Monteil le pidió más pormenores. Pues aparte de la fábrica, recordó Blanche, a la que dedica todo el tiempo, a Charles le interesan mucho la aviación y la fotografía. Puede que encontremos algo en ese terreno, dijo Monteil. Las tropas de aerostación, creo que ahora las llaman así. Lo meditaré. Me estoy acordando de una persona del ministerio, la tendré al corriente.

Al internista, Blanche le presentó su caso, le mostró su cuerpo bajo la ropa y el reconocimiento duró poco. Palpación, dos preguntas, diagnóstico: no cabe la menor duda, dictaminó Monteil, lo está usted. Y para cuándo sería, preguntó Blanche. Para comienzos del año que viene, concluyó Monteil, a primera vista yo diría que hacia finales de enero. Blanche no dijo nada, miró hacia la ventana —por la que no pasó nada, ni el menor pájaro ni nada— y luego las manos, que colocó sobre su vientre. Y quiere usted tenerlo, claro está, aventuró Monteil, para romper el silencio. Todavía no lo sé, dijo Blanche. Si no, bajó la voz el médico, siempre habría una solución. Lo sé, dijo Blanche, está Ruffier. Sí, dijo Monteil, bueno, ya no desde el otro día, se ha ido como todo el mundo, pero será cosa de dos semanas, se solucionará rápido. Y si no, siempre puede encargarse su mujer. Nuevo silencio y, bueno, no, dijo Blanche, creo que lo tendré.

Asunto de quince días, había diagnosticado Charles tres meses atrás bajo el sol de agosto. Lo mismo que dijo luego Monteil, y lo mismo que muchos creían por aquel entonces. Salvo que quince días después, treinta días más tarde, al cabo de más y más semanas, cuando comenzó a llover y los días pasaron a ser más fríos y cortos, las cosas no se desarrollaron como estaba previsto.

Eso sí, al día siguiente de la llegada de los soldados a las Ardenas, las perspectivas no eran tan malas. No podían quejarse de que el tiempo fuera un poco más fresco que en la Vendée, el aire era más puro y más vivo. No se encontraba uno nada mal. Sí tuvieron que pasar, durante la mañana, la revista de armamento, de las mochilas y pertrechos, pero eso es bastante normal cuando se es militar, serlo así casi resultaría un juego. Si bien Charles seguía manteniendo las distancias con Anthime —y viceversa cada vez más—, se rieron los dos con las bromas de Bossis y se rieron también sin piedad cuando un teniente cruel, durante la revista, se mofó de la torpeza de Padioleau al presentar armas. A continuación todos, menos los que no sabían, escribieron postales amenizadas con un aperitivo milagrosamente hallado —un Byrrh con limón aunque con agua corriente a falta de agua de Seltz—, y la comida no era demasiado mala, hasta pudieron echarse una siestecilla antes de ir a comprar ciruelas en un huerto al caer la tarde.

Transcurridos dos días todo quedó más claro: durante tres semanas no dejaron prácticamente de andar. Casi todas las mañanas salían a las cuatro, en medio del polvo rápidamente reseco de los caminos, a veces atajando a campo través, sin hacer ningún alto. Al cabo de cuatro o cinco días, cuando volvió el intenso calor, les dejaron realizar una pequeña parada cada media hora una vez recorrida la mitad de trayecto, pero muy pronto los hombres comenzaron a desplomarse sin cesar, sobre todo los reservistas, en especial Padioleau. Hasta que, al final de la etapa, estaban todos extenuados, nadie quería encargarse de cocinar y abrían latas de carne en conserva sin apenas bebida con que acompañarlas.

Y es que muy pronto comprobaron que no había modo de procurarse vino en la comarca, ni por lo demás bebida alguna, salvo a veces un poco de aguardiente puro, adquirido ya a cinco veces su valor a los destiladores de los pueblos que atravesaban, quienes se aprovechaban ávidamente de la mina de oro que les deparaban las tropas sedientas. Aquello no podía seguir así, el estado mayor no tardó en comprender la ventaja que suponía saciar la sed de unos hombres, toda vez que la ebriedad aletargaba el miedo, pero todavía no se había llegado a ese punto. Entretanto se seguían viendo cruzar aeroplanos por el cielo, cada vez con más frecuencia, era una distracción, y luego empezó a hacer menos calor.

Con todo, en los pueblos, aparte de los mercachifles —que ofrecían también tabaco, salchichón, confituras—, pero también en la linde de los campos y a lo largo del trayecto, se formaban grupitos de campesinos que aclamaban a los soldados. No era tan infrecuente que sin pedir nada a cambio les ofrecieran flores, fruta, pan y vino conservados por los aldeanos que a veces habían visto aparecer al enemigo y en ocasiones se habían visto obligados a entregarle mucho dinero para conseguir que no

los bombardeasen. Mientras caminaban, los hombres observaban a las mujeres congregadas a la orilla de los caminos, y de vez en cuando veían a algunas jóvenes y guapas. Una de ellas, no tan guapa ni joven, les arrojó medallas religiosas camino de Écordal.

Cada vez cruzaban con más frecuencia pueblos abandonados por sus habitantes, a veces incluso derruidos, devastados o incendiados, quizá por no haber pagado el tributo. Las bodegas de las casas vacías en general habían sido saqueadas, a lo sumo descubrían botellas de agua de Vichy. Las calles desiertas estaban sembradas de cosas heterogéneas y degradadas: podían encontrarse, en el suelo y sin que casi nadie los recogiera, cartuchos sin disparar abandonados por una compañía de paso, ropa diseminada, cazuelas sin mango, frascos vacíos, una partida de nacimiento, un perro enfermo, un diez de trébol, una laya rajada.

Sucedió también que las cosas parecieron concretarse un poco más cuando comenzaron a propagarse rumores, sobre todo tocantes al espionaje: al parecer, un maestro traidor fue sorprendido en tal o cual sector, a punto de volar un puente. Hacia Saint-Quentin, aparecieron supuestamente dos de aquellos espías amarrados a un árbol, acusados de transmitir con una linterna durante la noche información al enemigo, y cuando se acercaron a ellos vieron cómo el coronel los mataba a quemarropa con su revólver. Una noche, tras quince días de marcha, los hombres recibieron la orden de oscurecer las escudillas para disminuir la visibilidad. Anthime, que no sabía muy bien cómo hacerlo, observó cómo lo hacían los demás, cada cual a su modo, y acabó componiéndoselas haciendo una mezcla de tierra y de betún. Sí, no cabía duda de que todo parecía concretarse.

Dos semanas después de iniciarse la expedición, llegó también el momento en que Anthime constató que había dejado de ver a Charles. A costa de que lo reconvinieran durante la marcha, pasó dos días recorriendo de arriba abajo las filas de la compañía con el fin de por lo menos verlo, sin más resultado que acrecentar su cansancio. Entonces se aventuró a informarse, topándose al principio con suboficiales mudos y altivos, hasta que un sargento más complaciente le reveló una noche que a Charles lo habían trasladado, no se sabía adónde, secreto militar. Anthime apenas reaccionó porque se moría de sueño.

Además, por las noches, resultó todo un problema acostarse llegado el descanso. Por falta de espacio en los pueblos, media compañía se veía obligada por lo general a intentar dormir fuera; en caso de un pueblo vacío, los más afortunados se acantonaban en casas cuyos habitantes habían huido: en algunas de ellas había algún mueble y a veces camas, aunque sin ropa. Pero con más frecuencia se improvisaban camas en campos de avena o de remolacha, jardines o bosques, y se cobijaban bajo montones de ramas, en un almiar providencial, y una vez en una fábrica de azúcar abandonada. Dondequiera que pararan nunca encontraban comodidades, pero se dormían enseguida.

Antes de anochecer, no obstante la fatiga, realizaban actividades de rutina: faenas de lavado de ropa, revista de calzado y de pies. Algunos, con ánimo de relajarse y pensar en otra cosa, jugaban a las cartas, al dominó, a las damas, a la pídola, incluso organizaban campeonatos de salto de altura o carreras de sacos. Arcenel grababa con más calma su nombre, Anthime, con la punta del cuchillo, sólo sus iniciales y la fecha, en un árbol o en un calvario. A continuación cenaban, dormían y partían

de nuevo a toque de corneta después de ceñirse en bandolera el fusil, el morral y la cantimplora, y las cartucheras en el cinturón tras colgarse la mochila, modelo as de diamantes 1893 y cuyo armazón era un marco de madera envuelto en lona espesa, que iba desde el verde vivo hasta el castaño. Se fijaba en la espalda con dos tirantes de cuero, articulados en el centro con un dado de latón.

Al principio la mochila, vacía, no pesaba más que seiscientos gramos. Pero no tardaría en llenarse con una primera entrega de accesorios reglamentarios, cuidadosamente repartidos y consistentes en material alimentario —botellas de aguardiente de menta y sucedáneo de café, cajas y bolsitas de azúcar y de chocolate, cantimploras y cubiertos de hierro estañado, taza de hierro forjado, abrelatas y navaja—, ropa —calzoncillos cortos y largos, pañuelos de algodón, camisas de franela, tirantes y polainas de paño—, productos de mantenimiento y de limpieza —cepillos de ropa, de calzado y para las armas, latas de grasa, de betún, botones y cordones de recambio, estuche de costura y tijeras de punta redonda—, artículos de aseo y de sanidad —apósitos individuales y algodón hidrófilo, toallitas, espejo, jabón, navaja de afeitar con su afilador, brocha, cepillo de dientes, peine—, así como objetos personales —tabaco y papel de fumar, cerillas y mechero, linterna, pulsera identificativa con placas de alpaca y aluminio, pequeño misal del soldado, cartilla individual.

Todo aquello parecía ya más que suficiente para una sola mochila, pero no quitaba para que luego le endosaran, con correas, distintos accesorios superpuestos. En la punta, al principio, sobre una manta enrollada rematada por una lona de tienda de campaña con palos, piquetas y cables incorporados, campeó una escudilla individual —oscilante para impedir que chocara con la cabeza—, detrás un pequeño haz de leña seca para el rancho en el vivaque, embutida en una cazuela fijada por una correa que ascendería sobre la escudilla y, lateralmente, colgarían uno o dos útiles de campaña envueltos en una funda de cuero —hacha o cizalla, hocino, sierra, pala, pico o piqueta, a elegir—, así como una bolsa de agua y un farol con su estuche de lona. El conjunto de ese edificio rondaría entonces no menos de treinta y cinco kilos en tiempo seco. Antes de que se pusiera, claro está, a llover.

El mosquito surge a la una del mediodía en el cielo habitualmente azul de un final de verano, en el departamento del Marne.

Propulsémonos hacia dicho insecto: conforme uno se acerca, va aumentando de tamaño hasta convertirse en un pequeño avión biplano biplaza modelo Farman F 37 con dos tripulantes, un piloto y un observador sentados uno detrás de otro en dos sobrios asientos, apenas protegidos por dos parabrisas rudimentarios. Azotados por el viento que levanta el vuelo, sin el resguardo de una cabina cerrada como las habrá más adelante, parecen hallarse en una estrecha terraza panorámica desde donde puede admirarse el paisaje del incipiente conflicto: columnas de camiones y de soldados en marcha, campos de maniobras y acantonamientos.

Allá abajo todo aquello reptaba y runrunea, las tropas que sobrevuela el avión sudan, hace un calor sofocante, una de las últimas canículas de mediados de agosto, antes de que arranque la curva del otoño. Pero en lo alto del cielo, como puede hacer más frío, se han abrigado para esa eventualidad.

Bajo sus cascos y sus gruesas gafas protectoras, vestidos ambos con monos de tela negra cauchutada, recubiertos de piel de conejo y reforzados con piel de cabra, cazadoras y pantalones de cuero, guantes y botas forradas, los dos hombres se parecen tanto más cuanto que no queda nada visible de su cuerpo salvo las mejillas, las mandíbulas y la boca con la que intentan hablar, pero sin poder intercambiar más que alguna exclamación que articulan mal y apenas oyen, ensordecidos por los ochenta caballos del motor y la voz ahogada por el fuerte viento. Parecen cortados por el mismo patrón, maniqués con las juntas de soldadura apenas visibles, soldados de plomo idénticos, salvo una bufanda marrón arrollada al cuello del observador, llamado Charles Sèze; el piloto se llama Alfred Noblès.

No llevan armas, al menos no cargan con los sesenta kilos de bombas que puede acarrear el biplano; la pequeña ametralladora de a bordo no es operativa. Aunque fijada al fuselaje, su configuración no ha obtenido siempre resultados satisfactorios dado que resulta difícil apuntar y volver a cargar mientras se pilota, máxime porque el sistema de sincronización del tiro a través de la hélice no acaba de estar resuelto.

Por lo demás, no tienen miedo, pues únicamente se les ha encomendado una misión de reconocimiento, pese a la novedad de dicha empresa, para la que apenas han recibido preparación. Noblès pilota la máquina, lanzando rápidas miradas al altímetro, la brújula, los anemómetros e indicadores de ángulo de ataque. Charles Sèze mantiene sobre las rodillas un mapa de estado mayor, con la bufanda marrón enredada en las correas de los gemelos y de la cámara aerofotográfica que le cuelga pesadamente del cuello. Vuelan contemplando el paisaje, sin otra consigna que observar.

Más adelante vendrán los cazas y los bombardeos, la prohibición de sobrevolar ciertas zonas enemigas, el ataque de los dirigibles y globos cautivos llegado el caso, que será muy pronto, cuando la situación empeore al máximo. Por el momento tan sólo corresponde observar: toma de fotos,

seguimiento de movimientos de tropas, ajuste de puntos de tiro posteriores, localización de líneas, instalaciones de aeródromos, de hangares de zepelines y de sus anexos: almacenes, garajes, centros de mando, dormitorios, cantinas.

Y así, mientras vuelan ojo avizor, aparece a lo lejos otro mosquito, a la izquierda detrás del Farman, nuevo insecto apenas perceptible en el que no reparan al principio ni Sèze ni Noblès y que se perfila, agrandándose a su vez. Estructura de madera revestida de lona y adornada con la cruz de Malta en las alas, la cola y las llantas del tren de aterrizaje, fuselaje de duraluminio, resulta ser un biplaza Aviatik cuya trayectoria hacia el Farman deja pocas dudas respecto a sus intenciones, máxime porque, cuando se acerca más, Charles Sèze divisa un fusil de infantería asomando de su puesto de pilotaje y apuntando a todas luces hacia ellos, por lo que alerta de inmediato a Noblès.

Nos hallamos en las primeras semanas de guerra y el avión es un modo de transporte novedoso, jamás utilizado en una misión militar. La ametralladora Hotchkiss sí está montada en el Farman pero a título experimental y sin municiones, por lo tanto desactivada: las autoridades aún no han autorizado el uso de las armas de repetición en los aviones, no tanto por su peso y su precario funcionamiento como por temor a que el enemigo se inspire en ello y las utilice a su vez. A la espera de que eso cambie y por precaución, sin prestar demasiada atención a su jerarquía, las tripulaciones disponen aun así de fusiles y armas cortas. Al ver ese fusil de infantería, mientras Noblès comienza a hacer zigzaguear el Farman para mantenerse fuera del campo de tiro contrario, Charles se hurga en el bolsillo del mono para extraer la pistola Savage especialmente adaptada para la aviación, envuelta en una rejilla para evitar que los casquillos se cuelen en la hélice.

Durante los minutos siguientes, el Aviatik y el Farman se sobrevuelan, se cruzan, se evitan, se juntan hasta casi tocarse sin perderse de vista, trazando lo que serán las figuras principales de la acrobacia aérea —rizo, tonel, barrena, humpty-bump, immelmann—, cada cual buscando la finta al tiempo que el mejor ángulo de ataque para asegurarse una posición ventajosa a la hora de disparar. Charles se ha acurrucado en el asiento sujetando con firmeza la pistola con ambas manos, mientras que el observador enemigo, por el contrario, orienta incesantemente el cañón del fusil. Cuando Noblès lanza de pronto el avión hacia el cielo, el Aviatik lo sigue de cerca y se desliza debajo para ascender bruscamente virando y encarando de paso al Farman, en el que Charles queda ocultado por su piloto y por lo tanto sin posibilidad de actuar. Entonces brota un solo disparo del fusil de artillería: una bala atraviesa doce metros de aire a setecientos metros de altura y mil por segundo y penetra en el ojo izquierdo de Noblès para salir por encima de su nuca, detrás de la oreja derecha, y a partir de entonces el Farman, descontrolado, mantiene un momento su trayectoria para declinar en pendiente cada vez más vertical, y Charles, boquiabierto, por encima del hombro desplomado de Alfred, ve acercarse el suelo en el que va a estrellarse, a toda velocidad y sin más alternativa que su muerte inmediata, irreversible, sin sombra de esperanza, suelo actualmente ocupado por Jonchery-sur-Vesle, bonito pueblo de la región de Champaña-Ardenas, cuyos habitantes se denominan *joncaviduliens*.

Cuando empezó a llover, la mochila casi duplicó su peso y el viento se levantó cual masa autoritaria, tan pesadamente helado que todos se extrañaban de que se moviese: hacía un frío que pelaba cuando alcanzaron la frontera belga, donde los aduaneros, el día de la movilización, habían encendido una gran hoguera que después no dejaron apagar y lo más cerca posible de la cual intentaron dormir los hombres ovillándose apretados unos contra otros. Anthime envidió a aquellos aduaneros, envidió su vida que suponía apacible, su empleo que imaginaba seguro y sus sacos de dormir de piel de carnero. Todavía los envidió más al separarse de ellos, cuando al cabo de dos días de marcha comenzó a oír el cañón, cada vez más cercano, bajo continuo acompañado de disparos espaciados que probablemente provenían de escaramuzas entre patrullas.

Poco después de trabar conocimiento con el eco de la fusilería entraron bruscamente en plena línea de fuego, en una ondulación de terreno a escasa distancia de Maissin. A partir de entonces tuvieron que enfrentarse a los hechos: allí comprendieron realmente que tenían que entrar en combate, montar una operación por primera vez, pero, hasta el primer proyectil que impactó cerca de él, Anthime no se lo creyó de verdad. Cuando se vio obligado a creérselo, todo lo que llevaba encima se le hizo pesadísimo: la mochila, las armas e incluso la sortija de sello que lucía en el auricular; todo ello pesaba una tonelada y desde luego no impedía que se despertase de nuevo, y más vivo que nunca, su dolor en la muñeca.

Después les gritaron que avanzaran y, más o menos empujado por los demás, se encontró sin saber muy bien qué hacer en medio de un campo de batalla de lo más real. Primero se miraron él y Bossis, Arcenel se ajustaba una correa detrás de ellos y Padioleau se sonaba con un pañuelo menos blanco que él. A continuación tuvieron que lanzarse a paso de carga, al tiempo que aparecían en segundo término, a su espalda, una veintena de hombres que, con la mayor tranquilidad del mundo, formaron un corro sin prestar atención aparentemente a los proyectiles. Eran los músicos del regimiento, cuyo director, alzando la batuta blanca, elevó para dejarlos caer a continuación los acordes de «La Marsellesa», con los que la orquesta procedió a ilustrar valientemente el asalto. Bien situado a la defensiva en un bosque tras el que se ocultaba, el enemigo impidió en un principio que la tropa avanzase, pero comoquiera que la artillería se había emplazado detrás para intentar debilitarlo, se emprendió el ataque, los soldados corriendo encorvados, entorpecidos por el peso del material, y precedidos por su bayoneta, que hendía el aire gélido ante ellos.

Pero habían cargado prematuramente, cometiendo además el error de dirigirse en masa hacia la carretera que atravesaba el escenario del combate. Esa carretera, a descubierto y bien localizada por la artillería contraria apostada tras los árboles, constituía en efecto un blanco perfectamente visible: al poco comenzaron a caer algunos hombres no lejos de Anthime; le pareció ver brotar dos o tres chorros de sangre, pero los ahuyentó con firmeza de su mente, al no tener la certeza ni el tiempo de asegurarse de que aquello fuese sangre que brotaba ni tampoco de haberla visto hasta ese día, cuando menos de ese modo y de semejante forma. Por lo demás, no poseía lucidez suficiente como para pensar, tan sólo para disparar sobre todo aquello que pareciera hostil y, en especial, para intentar

ponerse a cubierto dondequiera que fuese. Por fortuna, aunque inmediatamente batida por el fuego enemigo, la carretera presentaba aquí y allá tramos aislados donde al principio pudieron buscar algún refugio.

Pero sólo alguno: obedeciendo las órdenes que les vociferaron, las primeras líneas de infantería se vieron obligadas a abandonar la carretera para exponerse abiertamente en el campo de avena que la flanqueaba y, a partir de entonces, no sólo tuvieron que sufrir los disparos procedentes del enemigo, sino que comenzaron a llegarles también por la espalda balas imprudentemente disparadas por sus propias fuerzas, tras lo cual no tardó en reinar el desorden en sus filas. El caso era que carecían de experiencia, apenas habían comenzado a producirse escaramuzas: sólo posteriormente, para paliar tales fallos y dejarse ver por los oficiales observadores, recibirían la orden de coserse un gran rectángulo blanco en el dorso del capote. Entretanto, mientras la orquesta cumplía su cometido en el combate, el brazo del barítono resultó atravesado por una bala y el trombón cayó gravemente herido: el corro fue estrechándose y, aunque su formación hubiera quedado mermada, los músicos continuaron tocando sin emitir una nota discordante, hasta que al retomar la estrofa en que se alza el estandarte sangriento, el flauta y el viola cayeron muertos.

Al haber recibido demasiado tarde el apoyo de la artillería en su avance, la compañía no pudo imponerse en toda la jornada, sin dejar de avanzar para volver a replegarse. Por fin, al anochecer, en un postrer esfuerzo, logró rechazar al enemigo más allá del bosque merced a una carga de bayoneta: Anthime vio, creyó ver de nuevo a unos hombres taladrar a otros ante sus propios ojos, dando a continuación un fuerte tirón para extraer la hoja de los cuerpos por efecto del retroceso. Con las manos crispadas en el fusil, se sentía ahora listo para perforar, ensartar, traspasar el más mínimo obstáculo, cuerpos de hombres, de animales, troncos de árboles o cuanto se le pusiese por delante —disposición fugaz pero total, ciega, que excluía cualquier otra—, pero no se le presentó la ocasión. Siguió avanzando al mismo paso que todos, penosamente, sin pararse a mirar los detalles, pero ese terreno ganado muy pronto dejó de serlo: al poco la compañía se vio obligada a batirse en retirada, la posición no era sostenible sin recibir refuerzos que no llegaban. Anthime no reconstruyó todo eso hasta más adelante, después de que se lo explicaran, en su momento no entendió nada, como suele suceder.

Así pues, para él y para los demás aquél era el primer combate, a cuyo término, el capitán Vayssière, un brigada y dos furrieles fueron hallados muertos entre unas decenas de hombres, por no hablar de los heridos, a quienes los camilleros se esforzaron en evacuar hasta que cayó la noche. Por lo que se refiere a la orquesta, uno de los clarinetistas había caído herido en el vientre, el bombo se había desplomado, la mejilla traspasada, con su instrumento, y al segundo flauta le había volado media mano. Cuando se incorporó al acabar el enfrentamiento, Anthime observó que su escudilla y su cazuela se hallaban agujereadas por las balas, al igual que su quepis. A Arcenel una esquirla de metralla le había arrancado la parte superior de la mochila, agujereada asimismo por un proyectil que encontró en su interior tras desgarrarle también la guerrera. Una vez efectuado el recuento resultó que la compañía había sufrido setenta y seis bajas.

Al amanecer del día siguiente, tuvieron que realizar de nuevo una larga marcha, en ocasiones a través de bosques, donde quedaban menos expuestos a los prismáticos enemigos, a la mirada privilegiada de los aviadores y de los aerosteros en sus globos cautivos, si bien el relieve con frecuencia accidentado multiplicaba el esfuerzo y el cansancio. Cada vez se topaban con más cadáveres, armas y material abandonado; tuvieron que luchar de nuevo en dos o tres ocasiones, aunque esos combates por fortuna no fueron más que escaramuzas, más breves y más atropelladas, pero menos sangrientas en cualquier caso que el primer enfrentamiento en Maissin.

Aquel recorrido se prolongó durante todo el otoño, al cabo del cual pasó a convertirse en algo automático; los soldados acabaron no siendo casi conscientes de que andaban. Lo que tampoco estaba tan mal: así se mantenían ocupados, el cuerpo, al funcionar mecánicamente, permitía pensar en otras cosas o con mayor frecuencia en nada, pero al final, cuando la guerra se bloqueó con el invierno, tuvieron que detenerse. Tras tanto avanzar unos contra otros, hasta encontrarse con que ninguno podía ampliar sus posiciones, quedaron forzosamente inmovilizados frente a frente, y ello en medio de un intenso frío, como si éste congelase de pronto el movimiento general de las tropas, en una larga línea que abarcaba desde Suiza hasta el mar del Norte. En algún punto de esa línea quedaron inmovilizados Anthime y sus compañeros, dejando de moverse para empantanarse en una amplia red de trincheras enlazadas por ramales. Todo ese sistema, en principio, lo excavó primero el cuerpo de ingenieros militares, pero también le tocó cavar a la tropa; la función de las palas y los picos que llevaban a la espalda no era precisamente adornar los costados de la mochila. Después, procurando matar a diario al máximo número de los que tenían enfrente y ganar el mínimo de metros que exigían los mandos, se refugiaron allí.

A finales de enero, como estaba previsto, Blanche dio a luz a una criatura, sexo femenino, 3,620 kilos, nombre Juliette. A falta de padre legal, falta tanto más irresoluble cuanto que ese padre biológico, de todos conocido, se había estrellado seis meses atrás en la periferia de Jonchery-sur-Vesle, se le puso el apellido de la madre. Juliette Borne, por lo tanto.

El hecho de que la madre hubiera tenido a aquella niña fuera del matrimonio no causó gran escándalo, ni siquiera suscitó demasiados rumores. La familia Borne era bastante liberal: Blanche se limitó a no dejarse ver apenas durante seis meses por el pueblo. Después del nacimiento, se decidió atribuir el retraso de la boda a la guerra, se dio por supuesto un noviazgo inexistente y se intentó ocultar la ilegitimidad de los hechos tras la figura del supuesto padre, inmediatamente convertido en héroe, dotado de una aureola de valentía y condecorado con una medalla póstuma, misión de la que se cuidó diligentemente Monteil. Si bien el padre de Blanche, razonando a largo plazo, lamentó sin exteriorizarlo que, por falta de heredero varón, quedase en el aire el futuro de la fábrica, el nacimiento de Juliette no impidió que la niña, huérfana de padre desde antes de nacer, fuera llevada en palmitas por todos.

No me lo perdono, suspiró Monteil, esto no lo superaré nunca. Gracias a las relaciones del médico, confiaban en que, al eludir el frente, Charles se hallara más a salvo del fuego enemigo en el aire que en tierra. Las relaciones habían funcionado, todo había ido bien, pudieron librarlo de los combates en tierra y lograr que lo destinaran a la nascente aviación —de la que los civiles no podían imaginar que llegaría a ocupar un papel tan activo en los combates—, como si fuese una bicoca. Pero resultó un cálculo erróneo y el padre putativo de Juliette desapareció mucho antes en el cielo de lo que lo habría hecho en el barro. Me lo echaré en cara toda la vida, repetía Monteil. Posiblemente le habría ido mejor en la infantería. Quién iba a decirlo. Blanche replicó sucintamente que de nada servía lamentarse, que más valía no darle vueltas al asunto, que no estaría mal que le echase un vistazo a la niña.

La cual tenía tres meses, daba comienzo la primavera, ahora Blanche veía retoñar las cosas en los árboles, aunque seguía sin asomar el menor pájaro por la ventana bajo la que se había detenido el landó. Discúlpeme, dijo Monteil, levantándose pesadamente de la butaca, sacando a la niña del cochecito para examinarla —respiración, temperatura, exploración—, y declarando que a decir verdad todo iba a pedir de boca. Muy bien, dijo Blanche, dándole las gracias y acomodando a la lactante en el cochecito. Y sus padres, quiso saber Monteil. Van tirando, dijo Blanche, lo pasaron mal después de la muerte de Charles, pero la niña los distrae. Sí, volvió a la carga Monteil, no me perdonaré nunca lo que hice, pero lo hice por su bien, de verdad. Ya vale, zanjó Blanche. Y su hermano, por cierto, inquirió Monteil. Perdón, dijo Blanche, ¿el hermano de quién? El hermano de Charles, le recordó Monteil, ¿tiene noticias tuyas? Postales, contestó Blanche, las envía regularmente. Y hasta alguna carta, de vez en cuando. Ahora creo que andan por el Somme, no se queja mucho. Mejor, opinó Monteil. De todas formas, dijo Blanche, Anthime nunca ha sido una persona que se queje mucho. Ya sabe usted cómo es, se adapta a todo.

De hecho, Anthime se adaptó. En cualquier caso, aunque no se hubiera adaptado, aunque le hubiese costado aguantar la situación y hubiese querido manifestarlo, la censura del correo no ayudaba mucho a formular quejas. Sí, Anthime se hizo bastante pronto a los quehaceres diarios de limpieza, de excavación, de carga y transporte de materiales, a los periodos de trinchera, a los relevos nocturnos y a los días de descanso. Estos últimos, por lo demás, de eso sólo tenían el nombre, pues consistían en ejercicios, instrucción, maniobras, vacunas antitifoideas, duchas cuando se podía, desfiles, actos militares y ceremonias: entrega de una cruz de guerra creada hacía seis meses o, por ejemplo, durante aquellos últimos días en la sección, mención concedida a un sargento primero por su constancia en el frente a pesar de su reuma. Anthime se habituó asimismo a los desplazamientos, los cambios de uniforme y sobre todo a los demás.

Los demás eran, en su mayoría pero no únicamente, campesinos, trabajadores del campo, artesanos o menestrales, población más bien proletaria entre la cual quienes sabían leer, escribir y hacer cuentas como Anthime Sèze no eran los más, por lo que podían encargarse de redactar el correo de los compañeros y de leerles el que recibían. Las noticias que llegaban se transmitían luego a quien quisiera oír las, cosa de la que Anthime se abstuvo al enterarse de la muerte de Charles, y que no comunicó más que a Bossis, a Arcenel y a Padioleau. En lo sucesivo los cuatro se las ingeniaron siempre, no obstante los movimientos de tropas, para no alejarse mucho unos de otros.

En cuanto a los cambios de uniforme, hasta la primavera no llegaron los capotes azul claro, favorecedores bajo el sol reaparecido; en cambio el pantalón rojo demasiado chillón casi desapareció, ya porque se cubriera con un mono azul, ya porque se sustituyese por un pantalón de pana. Por lo que respecta a los accesorios defensivos, primero se recibieron unos protegecabezas, suerte de cascos de acero que envolvían el cráneo y que había que calzarse bajo la badana del quepis; unas semanas más tarde, en mayo, señal de que se perfilaba una innovación técnica poco alentadora, repartieron protectores individuales —mordazas y gafas de mica— contra los gases de combate mientras vivaqueaban en un prado.

El casco aquel, incómodo entre otras cosas porque resbalaba continuamente, amén de las migrañas que provocaba, no conoció un gran éxito: los soldados dejaron de ponérselo cada vez más y al poco lo utilizaron exclusivamente con fines culinarios, para cocerse huevos o como plato sopero de reserva. Los primeros días de septiembre, después de las Ardenas y el Somme, cuando la compañía de Anthime se desplazó hacia la Champaña, sustituyeron aquel casco por otro supuestamente más seguro pero cuyos primeros modelos iban pintados de azul brillante. Cuando se los pusieron, los soldados se divirtieron mucho al principio porque les cubrían tanto la cabeza que no se reconocían unos a otros. Cuando ya no hacían reír a nadie y quedó claro que los reflejos del sol en aquel azul los convertían en fáciles blancos, los untaron con lodo como habían hecho el año anterior con las escudillas. Pero cualquiera que fuese el color de aquel casco, se alegraron de llevarlo en la cabeza durante la ofensiva del otoño. A finales de octubre hubo una jornada particularmente difícil durante la cual no les sobró en absoluto.

Aquel día, el enemigo inició un brutal bombardeo a primera hora de la mañana: comenzó lanzando exclusivamente proyectiles de grueso calibre, 170 y 245 perfectamente ajustados que socavaban las líneas en profundidad, creando desprendimientos para sepultar a hombres sanos y heridos, asfixiados de inmediato bajo las avalanchas de tierra. A punto estuvo Anthime de quedar enterrado en un agujero que se desmoronaba tras caer una bomba, escapando a cientos de balas que se estrellaban a menos de un metro de él, a decenas de proyectiles que caían en un radio de cincuenta metros. Brincando al buen tuntún ante la granizada, vio durante un instante su final cuando un proyectil de contacto cayó todavía más cerca, en una brecha en la trinchera repleta de sacos de tierra, uno de los cuales, despanzurrado y despedido por el impacto, lo dejó medio conmocionado a la par que por fortuna lo protegía de la metralla. Ese preciso momento eligió la infantería contraria, aprovechando el desorden, el pavor general y el total desbarajuste de los atrincheramientos, para atacar en masa, aterrorizando de sopetón al conjunto de la tropa en la que reinaba el pánico: todo el mundo salió huyendo hacia la retaguardia gritando que llegaban los boches.

Arrastrándose boca abajo hacia el primer refugio que encontraron, Anthime y Bossis lograron ocultarse bajo una zapa a unos metros bajo tierra, y fue entonces cuando a las balas y a los proyectiles se sumaron los gases, toda suerte de gases cegadores, vesicantes, asfixiantes, estornutatorios o lacrimógenos que difundía con gran liberalidad el enemigo con ayuda de bombonas o de proyectiles especiales, en capas sucesivas y en dirección del viento. No bien percibió el primer efluvio a cloro, Anthime se colocó la venda protectora y convenció mediante gestos a Bossis de que abandonaran la zapa para salir al aire libre: aunque quedaran expuestos a los proyectiles, al menos podían sustraerse a aquellos vapores densísimos y más insidiosamente asesinos, que se acumulaban y, una vez pasada la nube, permanecían largo rato en las zanjas, en las trincheras y en los ramales.

Como si no bastase todo aquello, acababan de salir de su escondite cuando un caza Nieuport se estrelló y se hizo trizas al explotar en la trinchera, junto a su refugio, provocando un largo cataclismo de polvo y de humo, a través del cual vieron arder a dos aviadores muertos en el impacto que habían quedado consumidos en sus asientos y transformados en chisporroteantes esqueletos sujetos por sus correajes. Entretanto caía la tarde, que tampoco se veía caer en medio de aquella confusión, y en el momento de su declive pareció restablecerse por un momento una relativa calma. Pero al parecer el enemigo deseaba concluir con un postrer estallido, un final de fuegos artificiales, pues se reinició un gigantesco cañoneo: Anthime y Bossis quedaron cubiertos de tierra al explotar un nuevo proyectil caído en la zapa que acababan de abandonar, y cuya bóveda se vino abajo ante sus ojos.

Al anoecer, fue aflojando el fuego, casi habría podido hablarse de calma de no haberse visto obligados —pues la ofensiva había desbaratado el avituallamiento— a ir en busca de víveres a Perthes en medio de la oscuridad recorriendo cinco kilómetros de trincheras. A la vuelta, Anthime apenas tuvo tiempo, antes de acostarse, de buscar y leer una carta de Blanche en la que ésta daba noticias de Juliette —segundo diente—, no sin enterarse a través de un furriel de que el 120.º había tomado dos trincheras a la derecha. A la izquierda, hacia el cerro de Souain, los de enfrente habían tomado otras dos que, al parecer, les fueron inmediatamente arrebatadas, total que aquello era un no parar.

Y a la mañana siguiente tampoco hubo descanso, todo fue un continuo y polifónico tronar, bajo el intenso frío ya anunciado. Retumbar de los cañones en bajo continuo, lluvia de proyectiles barométricos y de contacto de todos los calibres, balas que silban, restallan, suspiran o gimen según la trayectoria, ametralladoras, granadas y lanzallamas, la amenaza viene de todas partes: de arriba de los aviones y de los disparos de los obuses, de enfrente de la artillería enemiga, y aun de abajo cuando, creyendo disfrutar de un momento de calma en el fondo de la trinchera donde intenta uno dormir, oye al enemigo cavar sordamente debajo de aquella misma trinchera, debajo de uno mismo, abriendo túneles donde colocará minas con el fin de destruirla y a él con ella.

Los soldados se aferran a su fusil y a su machete, cuyo metal oxidado, empañado, oscurecido por los gases, apenas reluce ya bajo el fulgor helado de las bengalas, en un ambiente corrompido por los caballos descompuestos, la putrefacción de los hombres caídos y, en la zona donde están los que se mantienen más o menos derechos en medio del lodo, el olor de sus orines, de su mierda y de su sudor, de su mugre y de sus vómitos, por no hablar de esos pegajosos efluvios a rancio, a mohó, a viejo, cuando en principio están en el frente y se hallan al aire libre. Pues no: huele a cerrado, el olor se extiende sobre las personas y en su interior, tras las alambradas de púas de las que cuelgan cadáveres putrefactos y desarticulados que a veces sirven a los zapadores para fijar los cables telefónicos, que no es empresa fácil, los zapadores sudan de cansancio y de miedo, se quitan el capote para trabajar con más comodidad y lo cuelgan de un brazo que, al salir del suelo, vuelto, les sirve de percha.

Todo esto se ha descrito mil veces, quizá no merece la pena detenerse de nuevo en esta sórdida y apesadumbrada ópera. Además, quizá tampoco sea útil ni pertinente comparar la guerra con una ópera, y menos cuando no se es muy aficionado a la ópera, aunque la guerra, como ella, sea grandiosa, enfática, excesiva, llena de ingratas morosidades, como ella arme mucho ruido y con frecuencia, a la larga, resulte bastante fastidiosa.

Una de las mañanas siguientes, bastante similar a las otras, la nieve optó por caer al mismo tiempo que los proyectiles —desde luego no al mismo ritmo: de estos últimos caían unos pocos menos aquella mañana, sólo tres hasta entonces—, mientras Padioleau optaba por quejarse.

Tengo hambre, gemía Padioleau, tengo frío, tengo sed y además estoy cansado. Hombre, claro, dijo Arcenel, como todos. Y también me siento muy abrumado, prosiguió Padioleau, aparte de que me duele la barriga. El dolor de barriga ya se te pasará, pronosticó Anthime, eso nos sucede a casi todos. Ya, pero lo peor, insistió Padioleau, es que no acabo de saber si me siento abrumado porque me duele la barriga (estás empezando a tocarnos las narices, observó Bossis) o me duele la barriga porque me siento abrumado, no sé si me explico. Déjanos en paz de una puñetera vez, concluyó Arcenel.

Fue entonces cuando, tras caer los tres primeros proyectiles demasiado lejos y explotar inútilmente más allá de las líneas, un cuarto proyectil de contacto de 105 más ajustado fue más efectivo en la trinchera: tras seccionar al ordenanza del capitán en seis pedazos, algunos de sus cascos decapitaron a un agente de enlace, clavaron a Bossis por el plexo en el puntal de una zapa, destrozaron a diferentes soldados bajo diferentes ángulos y cercenaron longitudinalmente el cuerpo de un cazador ojeador. Apostado no lejos de allí, Anthime vislumbró durante un instante, desde la masa encefálica hasta la pelvis, todos los órganos del cazador ojeador abiertos en dos como en una plancha anatómica, antes de acuclillarse espontáneamente en falso equilibrio para intentar protegerse, ensordecido por el enorme estrépito, cegado por los torrentes de piedras y tierra, las nubes de polvo y de humo, mientras vomitaba de miedo y de repulsión sobre sus pantorrillas y en torno a ellas, con las botas hundidas en el lodo hasta los tobillos.

Luego todo pareció a punto de terminar: la opacidad iba disipándose poco a poco en la trinchera, retornaba una suerte de calma, aun cuando otras detonaciones enormes, solemnes, seguían sonando en derredor pero a distancia, como un eco. Los ilesos se incorporaron más o menos salpicados de fragmentos de carne militar, colgajos terrosos que ya les arrancaban disputándose los las ratas, entre los restos de cuerpos diseminados, una cabeza sin mandíbula inferior, una mano con su alianza, un pie solo en su bota, un ojo.

Y así, parecía restablecerse el silencio cuando un casco de proyectil rezagado surgió, sin que se supiera cómo ni de dónde, breve como una posdata. Era un casco de hierro colado en forma de hacha pulida neolítica, ardiente, humeante, del tamaño de una mano, afilado como un grueso casco de vidrio. Como si se tratara de solventar un asunto personal y sin molestarse en mirar a los demás, surcó el aire directamente hacia Anthime, que estaba incorporándose y, sin mediar palabra, le seccionó limpiamente el brazo derecho, debajo mismo del hombro.

Cinco horas después, en la enfermería de campaña, todo el mundo felicitó a Anthime. Sus compañeros manifestaron lo mucho que le envidiaban tan excelente herida, una de las mejores que cupiera imaginar, grave, eso sí, e invalidante, pero bien mirado no más que tantas otras, anhelada por

todos ellos, pues era de las que garantizan a uno alejarlo para siempre del frente. Era tal el entusiasmo entre los hombres acodados en sus parihuelas y agitando los quepis —al menos aquellos, no demasiado averiados, que podían hacerlo—, que Anthime no se atrevió casi a quejarse ni a gritar de dolor, ni a echar en falta su brazo, de cuya desaparición, por lo demás, no acababa de tener conciencia. Como tampoco la tenía, a decir verdad, de aquel dolor ni de la situación del mundo en general, ni se planteó, pues veía a los demás sin verlos, que en lo sucesivo él ya sólo podría acodarse por un lado. Cuando salió del coma y de lo que hacía las veces de bloque operatorio, con los ojos abiertos pero mirando al vacío, tan sólo le pareció, sin saber muy bien por qué, habida cuenta de aquellas risas, que debía de haber algún motivo para alegrarse. Algún motivo como para casi avergonzarse de su estado, sin tampoco saber muy bien por qué: como si reaccionase mecánicamente a las ovaciones de la enfermería, para sintonizar con ella, dejó escapar una risa en forma de largo espasmo, que sonó como un relincho, haciendo enmudecer de inmediato a todo el mundo, hasta que una potente inyección de morfina lo devolvió a la ausencia de las cosas.

Y seis meses después, la manga de la chaqueta doblada y prendida en el costado derecho con un imperdible, y una cruz de guerra nueva prendida con otro imperdible al otro lado del pecho, Anthime se paseaba por un muelle del Loira. Volvía a ser domingo y con el brazo que le quedaba llevaba cogido el brazo derecho de Blanche, quien, con la mano izquierda, empujaba un cochecito que contenía a Juliette dormida. Anthime vestía de negro, Blanche también iba de luto, y todo casaba con ese color en torno a ellos debido a los toques de gris, de marrón, de verde oscuro, salvo los dorados mortecinos de las tiendas, que relucían vagamente al sol de junio. Anthime y Blanche conversaban poco, salvo para evocar brevemente las noticias aparecidas en la prensa: al menos te habrás librado de Verdún, acababa de decirle Blanche sin que él juzgara oportuno contestar.

Transcurridos casi dos años de combates, con el reclutamiento acelerado sangrando incesantemente al país, cada vez había menos gente en las calles, fuese o no fuese domingo. Tampoco se veían ya muchas mujeres y niños, dada la carestía de la vida y la escasa posibilidad de salir de compras: las mujeres, que cobraban a lo sumo el subsidio de guerra, se habían visto obligadas a buscar trabajo en ausencia de los maridos y hermanos: colgar carteles, repartir el correo, picar billetes o conducir locomotoras cuando no compartían trabajo en las fábricas, en especial las de armas. Y a los niños, que ya no iban a la escuela, tampoco les faltaba en qué ocuparse: muy solicitados desde los once años de edad, sustituían a sus hermanos mayores en las empresas y en los campos de alrededor de la ciudad, donde conducían los caballos, trillaban los cereales o apacentaban el ganado. Los demás eran fundamentalmente ancianos, indigentes, algún que otro inválido como Anthime y algún que otro perro con collar o sin él.

Sucedió que uno de esos perros sueltos, incitado sexualmente por un semejante situado al otro lado del muelle de la Fosse, dio en desviarse torpemente en su celo y chocó contra una rueda del cochecito, que por un instante pareció desequilibrarse, pero fue inmediatamente disuadido por un fuerte puntapié de Blanche y huyó gimoteando. Tras cerciorarse de que la joven dominaba la situación y de que su sobrina no se había despertado, Anthime siguió con los ojos al atribulado animal, que daba bandazos a derecha e izquierda, manteniendo la erección pero ya en vano, toda vez

que el objeto de su deseo se había eclipsado durante el incidente, para desaparecer en la esquina de la rue de la Verrerie.

Durante aquellos quinientos días, Anthime vio muchos animales, y de todo tipo. Porque si bien la guerra golpea electivamente las ciudades que asedia, también desarrolla gran actividad en el campo, donde, como es sabido, no faltan animales.

En primer lugar los animales útiles, los que trabajan, sirven de alimento o ambas cosas, abandonados a su suerte tras huir los campesinos de sus cultivos convertidos en zona de combate, dejando atrás granjas en llamas y campos sembrados de cráteres, ganado y aves de corral. En principio correspondía a las compañías territoriales^[2] hacerse cargo de todo ello para centralizarlo, pero su labor no resultaba tan fácil con los bóvidos desamparados, aspirantes a un pronto retorno al estado salvaje, lo que no tardaba en volverlos susceptibles, en especial los toros, ingobernables por su carácter vengativo. No era asunto baladí para los territoriales, incluso para aquellos de origen rural, reagrupar a las ovejas que vagabundeaban por los restos de carreteras, los cerdos a la deriva, los patos, gallinas, pollos y gallos en vías de marginalización, los conejos sin domicilio fijo.

Aquellas especies ahora errantes podían al menos servir de aditamento, llegado el caso, al rutinario rancho de la tropa. Toparse casualmente un buen día con una oca desnortada suponía un notable cambio respecto a la sopa fría, la carne enlatada o el pan de la víspera. El vino no constituía ya un problema, pues el servicio de intendencia había pasado a repartirlo generosamente junto con el aguardiente, con la idea, cada vez más cultivada por el estado mayor, de que embriagar al soldado contribuye a incrementar su valor y, sobre todo, disminuye la conciencia de su condición. Y así, todo animal rescatado se convertía potencialmente en un festín. Incluso en alguna ocasión, Arcenel y Bossis, impulsados por el hambre, y contando con la ayuda técnica de Padioleau, que recobraba el placer de ejercer su vocación carnífera, llegaron a cortarle costillas a un buey vivo y en pie, dejando luego que se las ingeniara solo. Al igual que abatieron y devoraron sin conmiseración caballos ociosos, desamparados, pero en cualquier caso carentes ya de objetivo en la vida y tristes por no tener ya chalanas de las que tirar en el canal del Mosa.

Sin embargo, no sólo se topaban con animales útiles y comestibles. Se cruzaban también con otros más familiares, domésticos e incluso decorativos, y más habituados al confort: perros y gatos privados de amos tras el éxodo civil, sin collares ni comedero cotidiano garantizado, camino de olvidar hasta los nombres que les habían puesto. Ello incluía asimismo a los pájaros enjaulados, las aves de esparcimiento como las tórtolas, incluso puramente de adorno como los pavos reales, por ejemplo, que habitualmente nadie come y que, en cualquier caso, dado su irascible carácter y su jodido narcisismo, no tendrían la menor posibilidad de salir del paso por sí solos. De ordinario, a los soldados no se les ocurría espontáneamente alimentarse con ese tipo de animales, cuando menos al principio. Sin embargo, en ocasiones, les gustaba tenerlos de acompañantes —a veces sólo unos días— o adoptaban como mascota de la compañía a un gato que erraba sin rumbo a la vuelta de una trinchera.

En cambio se veían asimismo, brincando o agazapándose en torno al plano fijo, inmóvil,

enlodado de la trinchera, animales independientes, y eso era también otro cantar. En los campos y en los bosques, antes de que quedaran arrasados y devastados por la artillería —campos convertidos en paisajes marcianos, bosques transformados en vagos cepillos desdentados—, siguieron viviendo durante un tiempo aquellos francotiradores: nunca sojuzgados por los hombres tanto si éstos batallaban como si no, libres de vivir a su antojo, sin someterse a código de trabajo alguno. Entre ellos se contaban aún un buen número de cuerpos comestibles, liebres, corzos o jabalíes que, prontamente abatidos con el fusil, aunque la caza estaba estrictamente prohibida en tiempo de guerra, rematados con la bayoneta, despedazados con un hacha o un machete, abastecerían a veces a la tropa de providenciales complementos alimentarios.

Tal sería el caso de las ranas o las aves que se podían acosar y derribar durante el relevo, de todo tipo de truchas, carpas, tencas o lucios que se pescaban a golpe de granada cuando la tropa acantonaba cerca de un río, de las abejas si por milagro los soldados se encontraban con una colmena no del todo vacía. Quedaban por último los marginales, que no se sabía qué tipo de prohibición los había declarado incomedibles, tales como el zorro, el cuervo, la comadreja o el topo. Con éstos, aunque se ignoraba por qué oscuros motivos se los consideraba no aptos para el consumo, resultó que los hombres tuvieron cada vez menos miramientos, y en más de una ocasión rehabilitaron al erizo mediante un buen estofado. No obstante, al igual que los otros, tras el invento y la aplicación generalizada de los gases en todo el teatro de operaciones, cada vez se los fue viendo menos.

Pero no todo es comida en la vida. Porque en el orden animal, en caso de conflicto armado, figuraban también elementos incomedibles por su potencial guerrero, reclutados a la fuerza por el hombre dada su aptitud para prestar servicios, tales como caballos, perros o colúmbidos militarizados, unos montados por suboficiales o tirando de furgones, otros destinados al ataque o a la tracción de ametralladoras y, en el ámbito volátil, escuadras de palomas trotamundos ascendidas al grado de mensajeras.

Finalmente había, por desgracia, otro tipo de animales, innumerables, de menor tamaño y más temible naturaleza: toda suerte de parásitos irreductibles que no sólo no ofrecían ningún aporte nutricional, sino que, por el contrario, se alimentaban vorazmente de la tropa. Para empezar, nubes de insectos, pulgas y chinches, garrapatas y mosquitos, moscas y mosquitas, que se instalaban en los ojos —piezas selectas— de los cadáveres. A todos éstos aún habría podido uno avenirse, pero muy pronto uno de los adversarios capitales pasó a ser a todas luces el piojo. Principal y proliferante, él y sus miles de millones de hermanos no tardaron en cubrir por entero a la tropa. Enseguida resultó el perpetuo adversario, el otro enemigo mayúsculo era la rata, no menos voraz e igual de abundante, como él renovándose sin cesar, cada vez más gorda y dispuesta a todo para devorar vuestros víveres —aun colgados preventivamente de un clavo—, roer vuestros correajes, emprenderla con vuestras botas por no decir sin más con vuestro cuerpo mientras dormís, y disputándose con las moscas vuestros globos oculares cuando estáis muertos.

Siquiera fuese por esos dos, el piojo y la rata, obstinados y precisos, organizados, habitados por

un solo objetivo cual monosílabos, sin más meta ambos que roer vuestra carne o sorber vuestra sangre, exterminaros cada cual a su modo —por no hablar del enemigo de enfrente, guiado de modo distinto por el mismo objetivo—, había motivos sobrados para largarse.

Pero no se abandona una guerra así como así. No hay vuelta de hoja, está uno atrapado: el enemigo delante, las ratas y los piojos encima y detrás los gendarmes. La única solución es dejar de ser útil para el servicio, lo que esperamos por supuesto a falta de otra cosa, lo que terminamos deseando, es una buena herida, la que (caso de Anthime) garantiza liar el petate, pero el problema reside en que eso no depende de nosotros. Algunos han intentado administrarse por sí mismos la benéfica herida, sin llamar mucho la atención, disparándose una bala en la mano por ejemplo, pero por lo común han fracasado: los han descubierto, juzgado y fusilado por traición. Ser fusilado por los propios, mejor que asfixiado, carbonizado, despedazado por los gases, los lanzallamas o los proyectiles del enemigo, podía ser una opción. Pero también podía fusilarse uno mismo, dedo del pie pegado al gatillo y cañón en la boca, una manera de irse como cualquier otra, podía ser una segunda opción.

Arcenel daría con una tercera solución, sin haberla elegido en realidad, sin premeditación, sino por obra de un impulso: un simple estado anímico que le produjo en cadena un momento de desasosiego y una reacción. El origen de esa cadena fue que, a finales de diciembre, muerto Bossis y evacuado Anthime, Arcenel tampoco encontró a Padioleau. Lo buscó a su alrededor, se informó cuanto pudo, incluso recurrió a oficiales cortantes, desdeñosos, herméticos: en vano. Arcenel terminó resignándose. Tal vez Padioleau había muerto el mismo día que Bossis, sepultado anónimamente en el lodo sin que nadie lo echara de menos, en medio de la confusión. Quizá había resultado herido como Anthime y lo habían devuelto como a él a su hogar sin que nadie se molestara en avisar a los compañeros, o a lo mejor, vete a saber, lo habían trasladado a otra compañía.

Comoquiera que fuese, ni rastro de Padioleau, y Arcenel, privado de sus tres compañeros, comenzó a tomárselo a la tremenda. La guerra desde luego no era divertida, pero resultaba más o menos soportable en compañía de sus amigos, al menos podían juntarse y hablar entre ellos, intercambiar puntos de vista, pelearse para luego reconciliarse. Los cuatro formaban una piña reconfortante cuya existencia, pese al peligro cada vez más tangible, se negaban a aceptar que pudiera interrumpirse. Aun cuando pudieran pensarlo vagamente, no acababan de hacerse a la idea de que aquello pudiera acabarse de verdad y de que se separasen: no habían adoptado ningún tipo de precaución social, ni en ningún momento se habían planteado buscarse amistades de recambio.

Y así, Arcenel se quedó solo. Sí que intentó, durante las semanas y los meses siguientes, trabar contactos entre la tropa, pero resultaba siempre un tanto artificial y nada fácil, máxime porque los demás habían advertido que los cuatro hombres hacían rancho aparte, y en cierta medida le hicieron pagar esa actitud ignorándolo, aunque hasta el final del invierno, y dadas las penosas condiciones, seguía habiendo solidaridad entre todos los integrantes de la compañía. Pero al llegar la primavera, como los días buenos retornaban a paso lento, mayormente porque los combates no aflojaban, volvieron a formarse grupos en los que Arcenel no halló espacio. Hasta que una mañana, en un momento de depresión, mientras descansaban junto a la población de Somme-Suippe y se rehacían antes de regresar a primera línea, Arcenel salió a dar una vuelta.

Sólo una vuelta, un ratito, amparándose en las actuaciones antitifoideas. Durante la revacunación, como a Arcenel, gracias a la prioridad alfabética de su apellido, le correspondió pincharse al principio, aprovechó que todos estaban haciendo cola —cada cual exponiendo discretamente la nalga a la jeringa entre temblores— para hacerse a un lado con idéntica discreción, sin tener nada previsto, sin un plan particular. Salió del campamento, haciendo un gesto evasivo al centinela como si se limitara a ir a mear contra un árbol, lo que por lo demás, ya puestos, hizo, pero luego siguió andando. Se encontró con un camino, que tomó para echar un vistazo, para luego doblar en otro y en otro más sin trazar un proyecto concreto, avanzando maquinalmente por la campiña sin verdadero propósito de alejarse.

Limitándose más bien a rastrear los indicios de la primavera —siempre resulta emocionante

observarla, incluso cuando comienza uno a conocer el sistema, es una buena manera de pensar en otra cosa—, Arcenel se mostró igualmente perceptivo al silencio, un silencio apenas empañado por los fragores del frente nunca tan lejano, y que aquella mañana tendían además a atenuarse. Silencio desde luego imperfecto, no del todo recobrado pero casi, y casi mejor que si fuese perfecto, pues lo arañaban los gritos de los pájaros, que lo amplificaban en cierto modo y que, haciendo de telón de fondo, lo exaltaban, al igual que una enmienda menor transmite su fuerza a una ley, un punto de color contrario centuplica uno monocromo, una mínima astilla confirma una lisura impecable, una disonancia furtiva consagra un perfecto acorde mayor, pero no nos entusiasmemos, volvamos a lo que íbamos.

Aparecieron animales, continuamente, por lo visto empeñados en representar a su sindicato: una rapaz en lo alto del cielo, un abejorro posado en un tocón, un conejo furtivo que surgió de un matorral y miró a Arcenel durante un segundo antes de salir de estampida, movido por un resorte, sin que el hombre tuviera el reflejo de echarse al hombro el fusil, que por lo demás no se había llevado, ni siquiera se había llevado la cantimplora, lo que demostraba que no tenía la menor intención de abandonar la zona militar, movido tan sólo por la idea de darse un garbeo, de abstraerse un rato del espantoso cenagal, sin esperar siquiera —pues ni tan sólo se le pasaba por la cabeza— que su salida fuera advertida, olvidando que se pasaba lista a cada instante, que se hacía un recuento permanente.

Tras rebasar una curva, el cuarto camino se ensanchaba formando un calvero cubierto de hierba y tapizado de luz diáfana que las hojas filtraban al entreabrirse, delicado cuadro. Pero en una esquina de dicho tapiz se erguían tres hombres a caballo, ceñido uniforme azul claro, torso erguido, mirada severa, bigote de cepillo, apuntando a Arcenel con tres ejemplares del revólver de 8 mm 1892, instándole a exhibir su cartilla militar, que tampoco llevaba encima. Le pidieron su número y unidad, que recitó de carrerilla, sección, compañía, batallón, regimiento, brigada, prefiriendo cruzarse con la mirada atenta, dulce y profunda de los caballos que con la de los gendarmes. Ni siquiera le preguntaron qué hacía allí: le amarraron las manos a la espalda y le conminaron a seguir, andando, a la brigada ecuestre.

Arcenel tenía que haber pensado en los gendarmes, pues sabía hasta qué punto se los odiaba en los acantonamientos, casi tanto si no más que a los tipos de enfrente. Al principio su tarea era sencilla —evitar que el soldado escurriese el bulto, velar por que saliera a morir como Dios manda—, durante los combates formaban barreras detrás de las tropas, para atajar los ataques de pánico e interceptar los repliegues espontáneos. Al poco habían tomado el control de todo, interviniendo donde les venía en gana, manteniendo el orden a lo largo de las carreteras en medio de la confusión que creaba el torbellino de hombres, asumiendo las labores de policía en todo el campo de operaciones de los ejércitos, tanto durante la marcha como en las paradas.

Encargados de revisar la documentación de los soldados de permiso y de controlar a todo aquel que intentara traspasar los límites impuestos a las unidades —principalmente a las esposas y a las putas que trataban por distintos motivos de verse con los hombres, pero con más indulgencia a los comerciantes de toda laya que, vendiéndolo todo a precio de oro, proliferaban cada vez con mayor

tenacidad cual otros tantos parásitos con los que cargaban los soldados—, los gendarmes perseguían también a los rezagados, borrachos y amotinadores, espías y desertores, categoría en la que Arcenel acababa de inscribirse sin saberlo. Y así, de regreso en el acantonamiento, pasó el resto del día y la noche siguiente en el cobertizo de la bomba de incendios de SommeSuipe cerrada a cal y canto, sin agua ni pan, para comparecer la mañana siguiente ante el consejo de guerra.

Más que introducirlo, lo empujaron al interior de la escuela del pueblo, donde el tribunal improvisado se hallaba reunido en el aula más grande: una mesa, tres sillas y enfrente un taburete para el acusado. Una bandera nacional arrugada detrás de las sillas, un código de justicia militar en la mesa con formularios en blanco. Ocupaban las sillas los tres hombres que componían el tribunal, el comandante del regimiento flanqueado de un alférez y un brigada que observaron entrar a Arcenel sin inmutarse. Aquellos hombres, bigote, pose y mirada igualmente gélidos, le parecieron idénticos a los de la víspera, a lomos de sus caballos en el calvero: la situación era seria y la falta de efectivos preocupante, lo cual había obligado posiblemente a reclutar a los tres mismos actores para aquella escena, dejándoles apenas tiempo para cambiarse de uniforme.

Comoquiera que fuese, todo transcurrió rápidamente. Tras una somera exposición de los hechos, una ojeada puramente formal al código y una mirada que intercambiaron, los oficiales votaron a mano alzada y condenaron a muerte a Arcenel por desertión. La sentencia era aplicable en un máximo de veinticuatro horas, y el tribunal se reservaba el derecho de rechazar la petición de gracia, cuya idea ni siquiera llegó a formularse en la mente de Arcenel, antes de que lo recondujeran al cobertizo de la bomba de incendios.

La ejecución se celebró al día siguiente junto a la granja de Suipe, en el campo de tiro, en presencia de todo el regimiento. Lo hicieron arrodillarse ante seis hombres alineados en posición de firmes y con el arma al pie, entre los cuales, a cuatro o cinco metros de él, identificó a dos conocidos que procuraban mirar disimuladamente hacia otro lado, con un capellán de división en segundo plano. Entre ellos y él, de perfil, el sargento que mandaba el pelotón manipulaba un sable. Y así, tras hacer su trabajito el capellán y vendar los ojos a Arcenel, éste ni siquiera vio a sus conocidos echarse el fusil al hombro adelantando el pie izquierdo, ni vio al sargento alzar el sable, sólo le oyó gritar cuatro breves órdenes, la cuarta de las cuales era la de fuego. A continuación, tras el tiro de gracia al final de la ceremonia, la tropa desfiló ante su cuerpo, con el fin de que el veredicto llamara a meditar a los soldados.

Al regresar Anthime, lo atendieron escrupulosamente durante su convalecencia, lo cuidaron, lo vendaron, lo asearon, lo alimentaron y controlaron su sueño. En realidad, de casi todo ello se encargó Blanche, quien al principio le reprochó dulcemente que hubiera adelgazado durante aquellos quinientos días de frente, sin siquiera pensar en descontar, a ese respecto, los tres kilos y medio menos que viene a representar la pérdida de un brazo. Y una vez que pareció recobrado del todo — incluso llegó a recuperar por un momento la sonrisa, aunque sólo con la comisura izquierda, como si la derecha se aliase con el miembro superior—, cuando pudo recobrar una vida autónoma en su domicilio, Blanche y sus padres se preguntaron qué podían hacer con él.

Aunque el ejército iba a abonarle una pensión, no acababan de verlo inactivo, y convenía buscarle un trabajo. Suponiendo que la mutilación no le permitiera ejercer sus funciones de contable con la misma soltura, a Eugène Borne se le ocurrió una idea para distraerlo. A la espera de que Eugène le cediera el puesto, Charles había asumido la subdirección de la fábrica antes de los acontecimientos, y su brusca muerte dejó en suspenso el asunto de la sucesión. Eugène, aplazando el momento de resolverlo, había organizado una suerte de gobierno de empresa, de cuyo comité directivo había asumido la presidencia, lo cual le impedía tomar en solitario todas las iniciativas y en especial las responsabilidades. Eugène decidió asociar a Anthime a las reuniones semanales de aquella dirección colegial —de la que ya formaban parte Monteil, Blanche y la señora Prochasson—, como homenaje a su heroico hermano y por los servicios prestados a la empresa, redondeando su participación con fichas de asistencia. Todo aquello activaba bastante la vida de Anthime sin violentarla, se reducía a poca cosa pero siempre era esto: reunirse, emitir su opinión —sin verse obligado a tener una, ni los demás a considerarla—, votar y firmar papeles sin obligación de leerlos, tarea que aprendió raudamente a ejecutar con la mano izquierda. Respecto a esto, daba la impresión de que a la familia le inquietaba más su estado de invalidez de lo que parecía preocuparle a él mismo, pues nunca aludía a la ausencia de su brazo.

Si no hablaba de él era porque casi con excesiva prontitud logró ahuyentarlo de su mente, salvo al despertarse cada mañana, cuando lo buscaba durante no más de un segundo. Convertido en zurdo a la fuerza, se adaptó a la situación sin darle más vueltas: obligándose con éxito a escribir con la mano que le quedaba —y ya puestos también a dibujar, y cada vez más, cosa que no había hecho nunca con la izquierda—, renunció sin pesar a determinadas actividades ya inaccesibles, como pelar un plátano o atarse los cordones de los zapatos. Respecto al plátano, como nunca había sido muy aficionado a dicha fruta, por lo demás reciente en el mercado, Anthime la sustituyó sin pena por muchas otras de piel comestible. Respecto a los cordones, no le costó gran esfuerzo diseñar y mandar confeccionar en la fábrica un prototipo de zapatos destinado a su uso exclusivo, y por lo tanto un modelo único, hasta que, llegada la paz, cuando los hombres volvieron a caminar con ligereza, aquel modelo fabricado en serie pasó a cosechar un éxito comercial con el nombre de mocasín Pertinax.

Anthime hubo de renunciar también, cuando se veía obligado a meditar, a esperar, a infundirse aplomo o a mostrar preocupación, a las posturas clásicas consistentes en cruzar los brazos o juntar

las manos en la espalda. No obstante, continuó esbozándolas instintivamente al principio, sin recordar hasta el último momento que la intendencia no acompañaba. Pero, una vez se resignó a ser manco, tampoco capituló, y utilizó la manga derecha vacía como un brazo imaginario, enrollándola en torno al brazo izquierdo sobre el pecho o aprisionándola con la muñeca en la espalda y manteniéndola sujeta. Una vez resignado, cuando se estiraba maquinalmente al despertar, estiraba también en su mente el miembro desaparecido, de lo que daba fe un discreto movimiento con el hombro derecho. Y cuando abría los ojos, cuando recapacitaba sobre las contadas cosas que tenía que hacer durante el día, no era raro que volviera a dormirse tras masturbarse si se terciaba, problema que resolvió rápidamente con la mano izquierda.

Inactividad frecuente, pues, para colmar la cual en la medida de lo posible Anthime se ejercitó en hojear con una sola mano el periódico y aun barajar un juego de naipes para iniciar un solitario. Logrando por fin sujetar las cartas con la barbilla, necesitó menos tiempo para aventurarse a jugar a la malilla en silencio en el Cercle républicain con otros lisiados regresados del frente como él, todos los cuales preferían abstenerse de rememorar lo que habían visto. Desde luego Anthime jugaba más lentamente que los mutilados de una o dos piernas, pero menos que los gaseados, que no disponían de cartas impresas en braille. Pero como siempre le ofrecían ayudarlo y aprovechaban para verle el juego, acabó hartándose y abandonando las reuniones del Cercle.

Un día, delante de la catedral, Anthime experimentó la súbita sensación de que el hastío y la soledad de aquellas semanas podrían mitigarse, cuando su mirada, flotando sobre los peatones y la calzada, ascendió distraídamente a lo largo de un bastón que tanteaba en la acera de enfrente, hasta desembocar en un par de gafas. Aquellos bastones todavía no eran blancos, no los pintarían de ese color hasta pasada la guerra, ni aquellas gafas del todo negras, pero no lo bastante ahumadas para impedir que Anthime reconociera tras ellas el rostro de Padioleau. Guiado por su madre, que lo sujetaba del brazo, cegado por un gas con olor a geranio y regresado del frente casi al mismo tiempo que Anthime, Padioleau reconoció de inmediato la voz de éste.

Pero no duró mucho la alegría de aquel reencuentro. Anthime no tardó en darse cuenta de que, sin la vista, a Padioleau no le quedaban ánimos para muchas cosas. Privado del desempeño de su oficio, incapaz de imaginar alternativa al arte, la ciencia y la manera de cortar la carne, la ausencia de una posible reconversión lo reducía a la nada, lo desesperaba, sin poder plantearse ni hallar alivio con la idea de que algunos logran superar la invalidez, y ello en numerosos campos, incluso en las profesiones más complejas, donde a veces se raya en la genialidad, si bien es cierto que entre los ciegos se topa uno con menos carniceros que pianistas.

Una vez se encontraron ambos hombres, tuvieron que buscar una ocupación conjunta. Al quedar descartado el juego de cartas para Padioleau y acabar cansándose Anthime de leer el periódico en voz alta, volvieron a aburrirse mucho. Para intentar sacudirse ese aburrimiento, rememoraron el que experimentaban en el frente, que, ligado al terror que pasaban, era en cualquier caso mucho peor. Se distrajeron recordando cómo habían podido aun así distraerse, evocando los pasatiempos que se inventaban. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?

Por ejemplo, Arcenel realizaba labores de escultura de bajo relieve en las vetas de piedra blanca que afloraban a veces en la arcilla de las trincheras. Bossis se había interesado en la fabricación de sortijas, dijes, hueveras con el aluminio extraído de las espoletas de los proyectiles enemigos, el cobre y el latón de los casquillos, el hierro colado de sus granadas de huevo y sus granadas limón. Anthime, utilizando su experiencia civil en el campo del calzado, había empezado a confeccionar cordones con los correajes abandonados. Luego discurrió el modo de utilizar esos mismos correajes como pulseras que, anudadas y provistas de un cierre, permitían colocarse en la muñeca los relojes de bolsillo soldando asas a la altura de las doce y las seis, y así creyó inventar el reloj de pulsera. Acariciaba el magnífico proyecto de patentar ese invento a su regreso, antes de enterarse de que la idea se le había ocurrido diez años atrás a Louis Cartier para ayudar a su amigo el aviador Santos-Dumont, que se quejaba de no poder extraer el reloj del bolsillo mientras pilotaba.

Sí, a pesar de todo no dejaron de ser gratos momentos. Menos gracia tenía el despioje, pero aun así resultaba entretenido, entre las alertas, acorralar al piojo para desincrustarlo de la piel, de las arrugas del uniforme y de la ropa interior, distracción infinita pero provisional e inútil, dado que aquel artrópodo dejaba siempre huevos innumerables e incesantemente renovados, que sólo habría podido destruir una plancha bien caliente, accesorio no previsto en las trincheras. Entre los recuerdos más divertidos figuraba por ejemplo, amén del aprendizaje de las armas convencionales, el más empírico de la honda, que se aplicaba después arrojando por encima de las alambradas latas de conserva llenas de orines destinadas a los tipos de enfrente. Como lo fueron, en otro registro, los conciertos que daba la banda del regimiento, o el acordeón que el capitán ordenó comprar en Amiens para que lo tocaran todas las noches y a cuyos sonos bailaban los ordenanzas con los agentes de enlace. O como lo fue también, los días en que era posible, el reparto del correo, porque habían escrito y recibido mucho, una cantidad enorme de postales, y también de cartas, como la breve nota que informó a Anthime de la muerte de Charles. Pero era ya demasiado tarde para que éste se beneficiase del anuncio que había aparecido a los dos meses del conflicto mundial: «*Le Miroir* pagará a cualquier precio los documentos fotográficos relativos a la guerra que presenten un interés relevante.»

Es sabido lo que vino después. Durante el cuarto año de guerra, los dos meses de ofensivas de primavera supusieron un enorme sacrificio de vidas. Como la doctrina del ejército masivo exigía la reconstitución constante de grandes batallones y un rendimiento cada vez más alto por parte de los reclutas, las llamadas a quintas se sucedieron sin tregua, suponiendo una considerable renovación del material y de los uniformes —entre los cuales un montón de calzado— e importantes encargos a las fábricas de aprovisionamiento, de los que se benefició sustancialmente Borne-Sèze.

El ritmo y la urgencia de esos pedidos, unido a los escasos escrúpulos de los responsables de fabricación, condujeron muy pronto a la confección de borceguíes dudosos. Cada vez se utilizaba cuero de menor calidad, optando con frecuencia por el carnero de curtido rápido, menos caro pero de espesor y conservación mediocres, por decirlo así rayando en el cartón. Se sistematizó la producción de cordones de sección cuadrada, más fáciles de fabricar pero más frágiles que los de sección redonda, descuidando el acabado de los herretes. Se cicateó también con el hilo de coser y con el cobre de los ojetes, se utilizó un hierro más oxidable y del menor costo posible, al igual que con los remaches, los tacos y los clavos. En resumidas cuentas, se redujo al máximo el gasto de material, en total detrimento de la solidez y la impermeabilidad.

La intendencia militar no tardó en deplorar la renovación demasiado frecuente de los borceguíes, que, anegándose y abriéndose muy rápidamente, no aguantaban dos semanas en el lodo del frente: con demasiada frecuencia las costuras de los cantos se soltaban al cabo de tres días. El estado mayor acabó quejándose y se abrió una investigación: al inspeccionar las cuentas de los proveedores del ejército, se repasaron con lupa las de Borne-Sèze, que muy pronto revelaron una distancia abismal entre el monto de los pedidos y el precio de coste de los zapatones. Cuando el descubrimiento de semejante margen produjo el consiguiente escándalo, Eugène fingió no estar en antecedentes, Monteil se dio aires de ofendido y amenazó con dimitir, al final lo resolvieron echando a la señora Prochasson y a su marido, responsable de los suministros, quienes aceptaron cargar con el mochuelo a cambio de un arreglo. Todo acabó acallándose mediante otros untos —de nuevo hubo que recurrir a los amigos de Monteil—, pero no pudo evitarse que el asunto llegara a París, donde Borne-Sèze hubo de comparecer pese a todo ante un tribunal de comercio. Sería una actuación puramente formal, pero habría que pasar por el aro. Para representar a la empresa en la capital, como Eugène y Monteil escurrieron el bulto, uno aduciendo su edad y el otro su clientela, se designó a Blanche, quien propuso que la acompañara Anthime, y todo el mundo dio su visto bueno.

Así pues, Anthime, tras su retorno a la vida civil, se había habituado a la ausencia de su brazo aunque, confusamente, vivía como si siguiera teniéndolo, como si en realidad estuviera allí, incluso le parecía verlo cuando echaba una breve ojeada al costado derecho de su busto, y tan sólo regresaba a la realidad de su ausencia cuando su mirada se embotaba. Suponiendo al principio que aquellos efectos irían atenuándose para acabar desapareciendo, no tardó en advertir que sucedía lo contrario.

Y en efecto, transcurridos unos meses, sintió renacer un brazo derecho imaginario pero de

aspecto tan real como el izquierdo. La existencia de ese brazo, incluso su autonomía, se manifestó cada vez más a través de distintas sensaciones desagradables y lancinantes, ardores, contracciones, calambres o comezones —Anthime se veía obligado a contenerse en el último instante para no rascarse—, por no hablar de su viejo dolor en la muñeca. La impresión de realidad era intensa y precisa, incluso la sensación del anillo de sello pesando sobre el dedo meñique, sumada a los sufrimientos susceptibles de agravarse al albur de las circunstancias: ataques de melancolía o cambios de tiempo, sobre todo cuando era húmedo y frío, como les sucede a los artríticos.

Aquel brazo ausente, en ocasiones más presente que el otro, era insistente, vigilante, socarrón como una mala conciencia, y Anthime creía poder provocarle movimientos voluntarios realizando gestos insignificantes o incuestionables que nadie veía: por ejemplo, abrigaba la total certeza de poder acodarse en un mueble, apretar el puño, controlar claramente cada dedo, llegando a intentar descolgar un teléfono o esbozar un gesto de adiós agitando o creyendo agitar la mano derecha al despedirse, lo que hacía que quienes se separaban de él lo considerasen poco afectivo.

Como sometido por igual a dos convicciones opuestas, Anthime era consciente al propio tiempo de aquellas anomalías, temiendo que aquello se notase y que, por compasión, nadie se atreviese a observárselo. Él mismo no se atrevía a confesárselo a Padioleau, que precisamente era el único de sus allegados que no podía advertir tales trastornos. Éstos, que iban a más y le complicaban la existencia, acabaron siendo demasiado invasores como para que Anthime pudiera afrontarlos en solitario, soportarlos incesantemente sin recurrir a alguien. Cuando se decidió por fin a referírselos a Blanche, ésta reconoció que los había advertido y naturalmente animó a Anthime a consultar a Monteil.

Y así, se presentó en la consulta del médico y le explicó las cosas mostrándole con la mano izquierda la ausencia de su brazo derecho como quien señala a un testigo mudo, cómplice un tanto avergonzado de hallarse allí, mientras Monteil, con aire concentrado, contemplaba mientras lo escuchaba la ventana de su consulta, en cuyo marco nunca pasaba nada. Tras referirle Anthime su caso, Monteil dejó transcurrir un lapso de tiempo y se despachó con un pequeño discurso. Son cosas frecuentes, expuso, y aparecen en muchos relatos. Es el viejo caso del miembro fantasma. En ocasiones subsisten la conciencia y la sensación de mantener una parte del cuerpo perdida y luego desaparecen al cabo de unos meses. Pero puede suceder también, y parecía el caso de Anthime, que la presencia de ese miembro vuelva a sumarse al cuerpo mucho tiempo después de su pérdida.

A continuación el médico desarrolló al estilo clásico su discurso, echando mano de datos estadísticos (el miembro superior derecho es el más hábil para ocho de cada diez humanos), de anécdotas históricas (el almirante Nelson, que perdió el brazo derecho en Santa Cruz de Tenerife, y experimentó los mismos trastornos que Anthime, veía en ellos una prueba de la existencia del alma), de chistes mediocres (la alianza se coloca en el anular de la mano izquierda, y para quitársela se necesita la derecha: un problema que afecta exclusivamente a los mancos infieles), de comparaciones inquietantes (algunas personas a quienes se les ha amputado el pene han declarado erecciones y eyaculaciones fantasmas), de franqueza clínica (el origen de esos dolores es tan misterioso como el

propio fenómeno) y de perspectivas semitranquilizadoras (se pasará solo, por lo general disminuye con el tiempo), semiinquietantes (también podría durarle veinticinco años, se han dado casos).

Por cierto, ¿cuándo irá usted a París con Blanche?, concluyó Monteil. Y la semana siguiente llegaban a la gare Montparnasse, después de que Anthime se hubiera leído de cabo a rabo los periódicos en el tren. Al regresar del frente, se desinteresó por completo de los acontecimientos, al menos no prestó la menor atención a la prensa —aunque la hojeaba a veces como quien no quiere la cosa—, en cambio, allí, en el compartimiento, le pidió los diarios a Blanche y se abismó en la actualidad de la época: la guerra por encima de todo. Corría ya el cuarto año, después de la batalla especialmente mortífera de Le Chemin des Dames, la situación rusa que sugería cosas a los hombres y los primeros amotinamientos. Anthime lo leyó todo con mucha atención.

Blanche había reservado dos habitaciones en la otra punta de París, en un hotel regentado por unos primos, y tomaron un taxi en Montparnasse. Al pasar el coche por la gare de l'Est, divisaron grupos de soldados de permiso que se cruzaban, y que volvían de la guerra o regresaban a ella. Aquellos hombres parecían alborotados, tal vez borrachos pero vehementes, airados, entonando cánticos que no se entendían. Anthime pidió al taxista que detuviera un instante el automóvil, se apeó para acercarse al gran vestíbulo de la estación y se quedó un rato observando aquellos grupos. Algunos de ellos cantaban desentonando canciones sediciosas, entre las cuales Anthime reconoció «La Internacional», que se inicia marcialmente con un intervalo de cuarta ascendente como numerosos himnos y cantos guerreros, patrióticos o guerrilleros. Su rostro permaneció inexpresivo, todo el cuerpo inmóvil, mientras alzaba el puño derecho por solidaridad, pero nadie le vio hacer el gesto.

Al llegar al hotel, los primos les indicaron sus habitaciones, que quedaban una frente a otra. Dejaron el equipaje, se peinaron, se lavaron las manos y salieron a dar una vuelta antes de cenar. Después, cuando se retiraron a sus habitaciones, todo hacía suponer que cada cual dormiría por su lado, salvo que Anthime se despertó a mitad de noche. Se levantó, atravesó el pasillo, abrió la puerta de enfrente y se dirigió en la oscuridad hacia la cama de Blanche, que tampoco dormía. Se acostó junto a ella, la abrazó, la penetró y la inseminó. El otoño siguiente, precisamente en el transcurso de la batalla de Mons, que fue la última, nació un varón al que llamaron Charles.

Notas

[¹] Bota militar de caña corta. De su inventor Alexis Godillot, suministrador del ejército. (*N. del T.*)

<<

[2] El ejército territorial (*armée territoriale*) se ocupaba de defender el territorio nacional. Los territoriales eran los soldados pertenecientes a dicho ejército. (N. del T.) <<